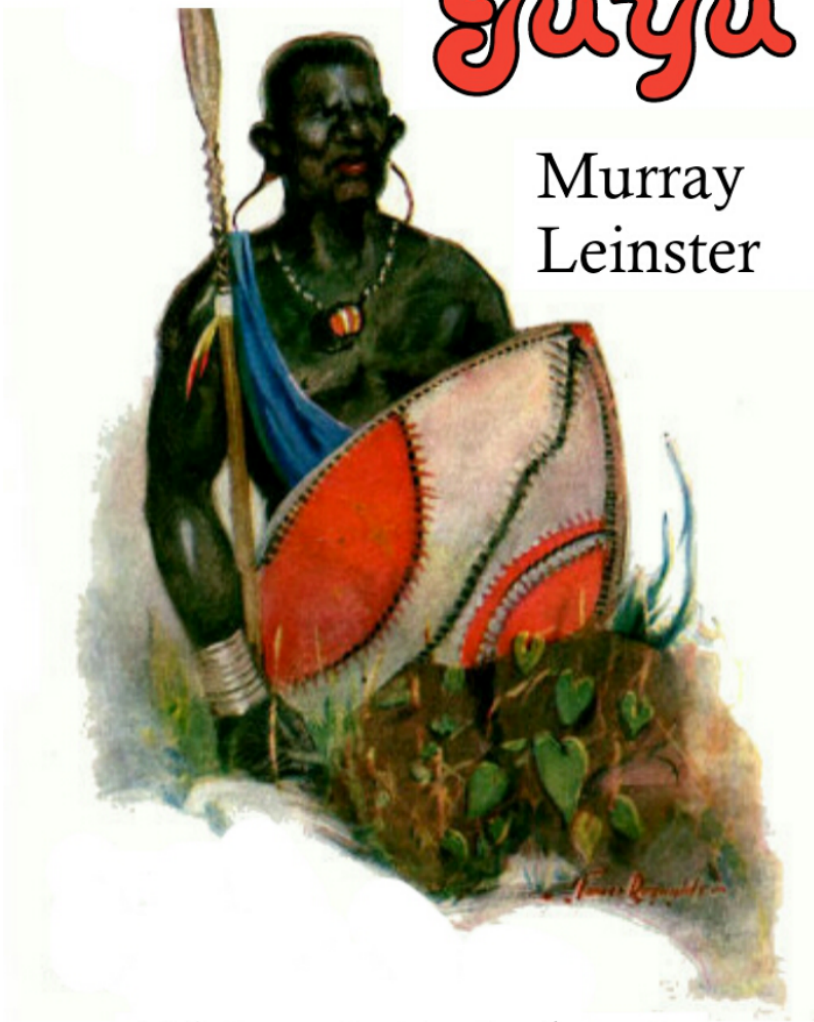
Yuyu

Murray Leinster



Clásicos de Fantasía - 4

Créditos

Titulo: **Clásicos de Fantasía num. 4**
(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

- Yuyu

Traducción y Edición: Artifacs, diciembre 2021.
Diseño de Portada: Artifacs.

Ebook publicado en diciembre de 2021 en Artifacs Libros

__oOo__

Título original: **Juju** de **Murray Leinster** (The Thrill Book, 15 de octubre de 1919) en el dominio público.
Publicado el 19 de diciembre de 2015 en Project Gutenberg.
Texto en ingles producido y revisado por Greg Weeks, Mary Meehan y el Online Distributed Proofreading Team.

_____

Licencia Creative Commons

Clásicos de Fantasía num. 4 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir**: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar**: remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento**: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial**: No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual**: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales**: No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre el Autor

Murray Leinster (seudónimo de William Fitzgerald Jenkins), fue un escritor estadounidense de ciencia ficción y ucronías. Escribió y publicó más de 1500 cuentos y artículos, 14 guiones de películas y cientos de guiones de radio y obras teatrales para televisión, inspirando varias series como *Tierra de Gigantes* y *El Túnel del Tiempo*.

También fue inventor, conocido por el proceso de proyección frontal usado en efectos especiales en cine y televisión, en lugar del más antiguo proceso de proyección trasera y como alternativa a la pantalla azul.

Leinster comenzó a aparecer a finales de los años 1910 en revistas pulp como *Argosy* y después en *Astounding Stories*. Fue muy prolífico y tuvo éxito en los subgenéros del oeste, el misterio, el horror y especialmente la ciencia ficción.

Se le atribuye la invención de relatos de universos paralelos. Cuatro años antes de que saliera *The Legion of Time* de Jack Williamson, Leinster escribió su relato *Sidewise in Time*, publicado por primera vez en *Astounding* en junio de 1934. Esta fue la primera vez que el extraño concepto de mundos alternativos apareció en la ciencia ficción moderna. La visión de Leinster de las extraordinarias oscilaciones de tiempo en la naturaleza tuvieron un efecto a largo plazo en otros autores, como en las obras *Living Space, The Red Queen's Race o la famosa The End of Eternity de Isaac Asimov.*

Sobre Yuyu

Esta historia (con portada adaptada a partir de la ilustración original de James Reynolds) es una traducción al castellano del relato Juju publicado en el último número de The Thrill Book, revista pulp estadounidense de corta vida (16 números) y publicada por Street & Smith en 1919, cuya intención era presentar relatos diferentes, historias inusuales o inclasificables, lo que a menudo se traducía en relatos de

fantasía o ciencia ficción. Los primeros ocho números, editados por Harold Hersey, eran una mezcla de relatos de aventuras y de weird fiction. Hersey fue reemplazado por Ronald Oliphant con la edición del número del 1 de julio.

Oliphant publicó más ciencia ficción que Hersey, aunque entre sus publicaciones se encontraban dos relatos de ***Murray Leinster*** *que Hersey había comprado antes de ser reemplazado. El relato más famoso de The Thrill Book es The Heads of Cerberus, de Francis Stevens, un ejemplo temprano de una novela sobre líneas temporales alternativas. Oliphant recibió mayor presupuesto que Hersey y pudo adquirir material de escritores populares en la época, pero solo logró publicar otros ocho números antes del final de la revista. El último número se publicó el 15 de octubre de 1919.*

Fuente*: Wikipedia.*

Yuyu

por

Murray Leinster

I. UNA NOCHE AFRICANA

De la casa yuyu salió el brujo medicina embadurnado con tierras de colores y cenizas brillantes. Los tambores renovaron su tronar frenético y resonante. Los portadores de antorchas se movieron más activamente y gritaron con más entusiasmo. El tamborileo llevaba todo el día y su efecto hipnótico había culminado en una especie de éxtasis en el que los negros gritaban y brincaban, y brincaban y gritaban, sin una idea clara de por qué ni qué gritaban.

Con gran solemnidad, el brujo medicina condujo hasta el frente a una joven nativa con el rostro teñido de altos signos yuyu. La nativa estaba en la última fase del pánico. Si no escapaba era por creer que aguardaba a su huída un destino peor que si se sometía a lo que le esperaba ahora.

Dos hombres dieron un paso adelante y le arrojaron al cuello collares mágicos. Otros dos hombres, que en ocasiones actuaban como asistentes del brujo medicina jefe, tomaron las manos de la chica. La masa de negros que gritaba formó en una especie de columna.

Al frente estaban los tambores, esos increíbles tambores nativos creados ahuecando troncos enteros de las aún desconocidas fortalezas del interior más oscuro, mucho más allá del lago Tchad. Detrás de los tambores venían los portadores de antorchas gritando un rítmico cántico y brincando al pasar en actitudes casi increíbles. Luego venía el brujo medicina, importante y misterioso. Detrás de él venían más portadores de antorchas, gritando histéricamente a la oscuridad circundante. Luego venían los dos ayudantes arrastrando a la joven casi paralizada de terror. Y toda la población de la aldea seguía su estela llevando luces encendidas y gritando, gritando, gritando a la eternamente desconocida selva africana.

Los altos y húmedos troncos de los árboles se alzaban misteriosamente por encima de la banda de vociferantes nativos con sus retumbantes tambores que sonaban huecos desde el frente de la procesión. Las luces se adentraron en el bosque, profundizaron en la

maleza desconocida e incognoscible. Los gritos se oían más débiles, pero los tambores continuaban retumbando monótonamente a través del palpitante silencio de la noche africana. ¡Bum bum bum bum! Sin una variación del constante ritmo, aunque el sonido fuese apagado por la distancia que tenía que recorrer hasta llegar a nosotros.

Yo miré hacia donde estaba sentado y fumando Evan Graham. Ambos estábamos en la galería de la casa de su plantación, a cuatro semanas de marcha de la ciudad de Ticao, provincia de Ticao, en el África Occidental portuguesa. Desde la galería podíamos ver el poblado a través del camino despejado, a media milla de distancia, y toda la escena de la procesión yuyu se había extendido ante nuestros ojos como una obra de teatro.

Me desconcertó. Sabía que Evan no hacía el menor intento por cristianizar a sus esclavos (y los aldeanos seguramente eran sus esclavos) y, sin embargo, los hombres blancos no solían permitir que los brujos medicina prosperasen en sus barrios de esclavos. Y la chica que se habían llevado, yo no tenía ni idea de lo que podría ser de ella. El vudú todavía saca la cabeza de formas extrañas en lugares extraños. Bien podría ser que esa noche se llevara a cabo en el monte alguna ceremonia infernal.

Lo que fuera que iba a suceder había sido planeado mucho antes, porque yo había llegado unas cuatro horas antes de un viaje más allá del País Hambriento, y los tambores ya sonaban entonces. Miré con curiosidad a Evan para ver lo que él pensaba de la práctica yuyu libre por parte de sus esclavos bajo los ojos de su amo. Su expresión era inescrutable. Yo sabía que era mejor no hacer preguntas, pero no podía evitar preguntarme qué significaba todo eso. Evan era un tipo raro, en el mejor de los casos, pero permitir que sus nativos practicaran la magia negra (como evidentemente era el caso aquí) delante de sus propias narices era lo más raro que nada que él hubiera hecho antes.

A él eso no lo tomaba por sorpresa, yo lo sabía. Había oído los tambores esa tarde, mucho antes de entrar al poblado. Estaban batiendo con el ritmo monocorde tan típico del africano cuando está perturbado de espíritu y quiere ser consolado o cuando está cómodo y quiere emociones. En cualquier caso, serviría.

Mis "muchachos", que deambulaban de una manera más o menos apática con las convencionales cuarenta y cinco libras a la espalda, habían oído los tambores y estaban más interesados. Sin embargo, mi caravana no se había cerrado. Se extendía entre milla y milla y media desde el antiguo sendero de esclavos que baja a Venghela, y los de atrás se apresuraban exactamente en el mismo grado que los de adelante.

De acuerdo con las instrucciones, la pareja más adelantada se detuvo cuando aún estaba a una milla de la aldea y esperó a que subiéramos el resto. Durante tres meses había estado yo en el interior, un tiempo incluso en el País Hambriento, donde la hierba es amarga al gusto y todo el mundo está medio loco por la sal. Durante tres meses me había movido rápida y constantemente.

Habiendo abandonado el país, espero con fervor que para siempre, no hará ningún daño admitir que mis constantes mudanzas se habían debido menos a las exigencias de los negocios que al deseo de estar en otra parte cuando llegaran los funcionarios belgas. El Kongo Belga está justo al norte de la provincia de Ticao, y yo había estado revisando sus fronteras comprando marfil y caucho a los nativos del otro lado de la línea. El gobierno colonial no alienta a los comerciantes independientes, y no me habría sido agradable que me hubieran atrapado. En Ticao, por supuesto, no me molestaron. Un pequeño honorario al gobernador de la provincia lo convirtió en mi amigo, y eso no me molestó la conciencia. Yo pagaba diez veces el precio que solían cobrar los nativos y no imponía a los poblados tasas ni contribuciones. Si sabes algo sobre el Kongo, me considerarás como yo me consideraba a mí mismo: una suerte de benefactor.

Aunque después de tres meses de aquello y de dos o tres afeitados al ras por elegir entre la lucha o ser capturado, me alegré de volver a la civilización, incluso a una civilización como la casa de Evan Graham. Lejos de Ticao, Evan Graham habría sido rechazado por el tipo de hombre que era. En Ticao, uno no es particular. Hay pocos blancos anglosajones de cualquier tipo: los dos cónsules, media docena de misioneros y unos tres hombres como yo que corren riesgos en el interior. El resto de la población es portuguesa o negra, predominantemente negra con una mezcla de mestizos y cuartos de

razas.

Evan era un canalla y varias clases diferentes de bestias, pero era blanco, hablaba inglés como se oye en casa y tenía mesa de billar y bebidas civilizadas por las cuatro semanas de marcha desde la ciudad de Ticao. Yo siempre pasaba la noche con él camino de regreso del interior. Sabía que él había sobornado al gobernador para que este pasara por alto la ley que prescribe que ningún hombre blanco debe establecerse a más de cuarenta kilómetros de un fuerte, porque Evan quería tener las manos libres con sus nativos. También sabía que Evan no tenía la más mínima propiedad sobre la tierra que cultivaba ni sobre los servicios de los nativos a quienes obligaba a trabajar en sus campos. Evan había salido con cuatro o cinco de los parduscos mestizos que supervisaban la mitad de las rocas en Ticao, había asustado o coaccionado a los habitantes de tres aldeas para que firmaran los tontos contratos, que los obligan a trabajar para un blanco durante años con un salario ridículo, y ahora tenía una plantación tremendamente rentable.

Nunca había entendido cómo hacía que los negros le sirvieran tan bien. Parecía haberlos asustado casi de muerte. La mayoría de las plantaciones tienen barrios de esclavos (los negros son oficialmente "contraídos" o trabajadores por contrato, pero en la práctica son esclavos) rodeadas por una cerca de alambre de espino y dejan perros salvajes sueltos fuera de la cerca por la noche, pero Graham permitía que sus nativos vivieran en las aldeas que habían ocupado antes de su llegada y parecía no tomar precauciones contra su huida.

Esta práctica yuyu ante sus ojos, y aparentemente con su consentimiento, era una pieza más de su rareza. Mis propios muchachos siempre parecían contentos de alejarse del vecindario de la plantación de Evan. Yo había oído pasar entre ellos un par de cosas que parecían insinuar la existencia de una casa yuyu en algún secreto claro cerca de la aldea. Pensé que era posible que, por medio de alguna farsa en ese templo, Evan mantenía a sus nativos comiendo de su mano, pero el yuyu es cosa peligrosa para que ande entrometido un hombre blanco.

En cualquier caso, aquello no era asunto mío. Yo estaba sentado en su porche con una de sus bebidas junto al codo, fumando uno de sus

puros especialmente importados de Londres y me correspondía no mostrar curiosidad a menos que él decidiera hablar al respecto. Me miró y sonrió con curiosidad.

—Me pregunto qué creen que consiguen esos pobres diablos con toda esa palabrería del yuyu —dijo meditabundo.

—No lo sé —admití—. Mis propios muchachos están constantemente en eso, por supuesto. Hay un brujo medicina en las afueras de Venghela que se hará rico, cuando llegue mi caravana, por sus servicios para traer de vuelta a mis porteadores sin caer en las tiernas manos de nuestros vecinos.

Mis portadores eran hombres libres a quienes yo contrataba y pagaba. Habría sido más barato adoptar el sistema servicial y comprar esclavos por contrato para los porteadores, pero siendo hombres libres servían mejor a mi propósito. Por un lado, daban a los nativos del Kongo más confianza en mí, y por otro, viajaban más rápido cuando había peligro de persecución. Un esclavo simplemente habría cambiado de amo si me hubieran atrapado, pero estos hombres tenían algo que perder.

—Voy a detener ese yuyu tarde o temprano —dijo Graham perezosamente—. Mi hermano Arthur ha salido tras un gorila en el Kongo, probablemente alrededor de donde tú has estado, y me ha estado pidiendo que me quede con un médico yuyu de verdad para entrevistarlo. Cuando él haya terminado, creo que detendré todo eso. Aquí hay un curioso brujo medicina.

Dio una palmada y uno de los sirvientes de la casa salió con un sifón y una botella de ginebra. El hombre estaba temblando mientras se paraba junto a la silla de su amo. Graham espetó dos o tres palabras en el dialecto local y las rodillas del hombre amenazaron con ceder. El sirviente huyó precipitadamente al interior de la casa y volvió a salir, temblando más violentamente, con limas.

—No consigo entrenar correctamente a los negros —se quejó Graham mientras cortaba una lima por la mitad y la exprimía en su vaso—. Ahora bien, un sirviente japonés es perfecto.

Se sirvió ginebra y el seltzer burbujeó en el vaso. Se lo llevó a los labios y lo apuró.

—¿Japón? —Le pregunté—. Nunca he estado allí.

—Yo sí —dijo Graham malhumorado—. He estado en todas partes. Inglaterra, Estados Unidos, Japón, India. Todos lugares podridos.

—No hay nada más podrido que esto —dije con disgusto—. Pasé tres semanas de fiebre en el Kongo, con un agente de la Compañía del Kongo Belga detrás de mí todo el tiempo. Todavía estoy temblando. Cuando pueda volver al país del hombre blanco otra vez...

Me detuve. Graham estaba encendiendo un puro y noté que la llama vacilaba él mientras sostenía el fósforo. Hay algunos hombres que están sobrios hasta cierto punto y que, después, lo que han bebido se apodera de todo a la vez. Graham era una de esas personas. Cuando habló de nuevo, sus palabras eran entrecortadas y lentas.

—El país del hombre blanco —repitió con incertidumbre e hizo un esfuerzo por hablar con claridad—. Voy a volver algún día. Tengo una vieja casa que aprecio, sirvientes de la familia, césped amplio, todo. Pero no es mía. Del hijo menor. Yo tuve que ganarme el hogar y la silla de montar. Arthur lo tiene todo, maldito sea. Siempre fue un mendigo afortunado. Él obtuvo todas las propiedades familiares, todos los ingresos, yo no obtuve nada. Más tarde me gustó una chica. Prima segunda. Arthur la consiguió o va comprometerse. Maldito mendigo afortunado. Siempre fue un tipo con suerte. Estable y muy confiable, creo. Yo se lo dije. Él me llamó ... y me echó. Y todo porque me metí en problemas y firmé con su nombre para salir del lío.

—Calma, Graham —le advertí—. No quiero oír nada... ya sabes.

—Mejor será que no —dijo de repente con voz clara. Me miró con ojos de bestia—. Si alguien intenta inmiscuirse en mis asuntos, no llegará muy lejos.

Soplé una nube de humo sobre la barandilla de la veranda y no dije nada. A través de la noche iluminada por la luna, el batido de los

tambores nos llegaba claramente, sentados allí. Seguían batiendo de manera constante, monótona, hipnótica. Había algo extrañamente amenazador en el rítmico y palpitante estruendo. Los gritos de los pájaros nocturnos y los insectos, y en ocasiones el sonido de un animal, parecían naturales y normales, pero el murmullo de esos tambores con ese indescriptible tono hueco que poseían, parecía presagiar un suceso extraño.

—El Yuyu —dijo Graham abruptamente— es la clave de la mente africana. A mí me importan un carajo los nativos. Lo único que me importa es lo que puedo sacar de este país, pero te aseguro que el yuyu es la clave a la mente africana.

Fumé un momento en silencio. —Prefiero no meterme en eso —comenté—. Tarde o temprano significa cristal molido en el café de la mañana. Justo antes de que me fuera de Ticao, Da Cunha encontró un poco en el suyo. Le disparó a su cocinero y luego descubrió que había sudo otro chico.

—Yo lo habría matado a latigazos con una *chiboka* —dijo Graham con crueldad.

—Eso es lo que hizo Da Cunha —le informé suavemente—. Pero el gobernador lo obligó salir de Ticao durante seis meses. Ahora está en Mozambique.

—Mis muchachos nunca se atreverán a intentar envenenarme —declaró Graham. Se inclinó hacia mí con ebria confianza—. Creen que si lo hicieran ...

—La procesión ha comenzado de nuevo —le dije interrumpiéndolo —. Oigo los gritos.

Los oía. Los tambores aún tocaban monótona y rítmicamente, pero bajo el profundo murmullo de los graves se oía un sonido tenue, alto y continuo. La procesión parecía estar regresando al poblado.

—Me voy a la cama —anunció Graham bruscamente—. Vete a la cama también. No te quedes aquí fuera sentado fumando. Vete a la cama.

Se puso en pie y esperó a que yo entrara a la casa. Desconcertado y bastante molesto, entré. Escuché a Graham caminar pesada e inseguramente hacia la parte trasera y lo oí hablar con varios de los sirvientes. El contraste entre su áspero tono y las asustadas voces de sus sirvientes era completo. Evidentemente, le tenían un miedo mortal.

El sonido de la procesión se hizo cada vez más fuerte. Algo en él me dejó perplejo por un momento, pero luego noté que no iba directa al poblado. Venía hacia la casa. Fruncí el ceño un momento y miré para asegurarme de que mi automática estuviera a mano y en buen estado de funcionamiento.

La procesión estaba muy cerca. Miré por la ventana y vi a través de la maleza las parpadeantes luces de las antorchas. Los tambores sonaban atronadores ahora, pero el ritmo no era el ritmo de guerra. Era puramente ceremonial. Los gritos eran agudos y continuos.

El jefe de la procesión salió de la maleza y avanzó por el claro que rodeaba la casa. Giró y se dirigió hacia la parte trasera, y lo siguió la larga fila de seres humanos que brincaban y portaban antorchas.

El brujo medicina apareció a la vista, y la chica. Su pánico había llegado a su punto máximo ahora. Yo nunca había visto un miedo tan absoluto como el que se expresaba en el rostro de esa chica, perfilado por la parpadeante luz de las antorchas. La procesión avanzó hasta doblar la esquina trasera de la casa, luego dio media vuelta y, evidentemente, volvió a girar.

La vi retroceder hacia el poblado. Un hecho significativo me impresionó. Faltaba la chica nativa. Evidentemente, la habían dejado atrás en algún lugar de la parte trasera de la casa. La masa de gritos de negra humanidad dio una cabriola y chilló por el camino despejado hacia la aldea, donde se reunió frente a la casa yuyu.

Entonces pareció comenzar algún baile o ceremonia. Qué fue, no lo sé. Yo estaba muy cansado y me fui a dormir, pero los tambores sonaron constantemente durante toda la noche. Entraron en la trama de mis sueños e inquietaron mi descanso. No pudo haber pasado mucho tiempo antes de que amaneciera y me despertara

sobresaltado, sentado con todos los nervios tensos. No había ningún sonido, pero tuve la sensación de que un grito en algún lugar de la casa me había despertado.

II. EL BUSCADOR DE VENGANZA

El cónsul escuchó con seriedad mientras yo le hablaba. Me había pedido que le diera toda la información que pudiera sobre Graham. Estábamos en el porche del consulado y toda la ciudad de Ticao se extendía ante nosotros. El mar golpeaba inquieto contra los bajos acantilados sobre los que se había construido la ciudad, y se agitaba furioso sobre la península en la que se encontraba el fuerte.

—Me desperté en medio de la noche —concluí—, sintiendo que había habido un grito en algún lugar de la casa, pero no me llegó sonido alguno. No pude volver a dormir y por la mañana noté que la chica, la que había parecido ser el centro de interés en la procesión yuyu, había sido colocada como sirvienta en la casa. Otro de los sirvientes había desaparecido. La chica nueva parecía lastimosamente asustada, perpetuamente presa del pánico, aunque el resto de los sirvientes parecían bastante asustados en conciencia. Eso es todo lo que sé.

El cónsul se tiró del bigote, pensativo.

—Pero ¿por qué...? —Comenzó y se detuvo—. El barco correo dejó aquí a dos inglesas en su último viaje, una tal señora Braymore y una señorita Dalforth. Mujeres encantadoras las dos. Están de visita con la esposa del gobernador esta tarde. Vinieron a verme y me pidieron que las ayudara para ir a la plantación de Graham. Me dijeron que era primo de la señorita Dalforth.

Asentí frunciendo el ceño. —Me dijo que su prima, prima segunda, aparecería posiblemente. Su hermano está en algún lugar del Kongo intentando atrapar gorilas y vendrá de allí para quedarse en casa de Evan. La señorita Dalforth probablemente sea su prima segunda, quien está comprometida con el hermano que está de caza.

—Hm —el cónsul pareció algo aliviado—. Ya veo. ¿Pero por qué diablos iban dos mujeres a querer ir allí? ¿Crees que estarán a salvo?

—No lo sé —dije dubitativo—. No hay ningún fuerte cerca y los nativos están muy asustados. Pueden huir corriendo, pero Graham parece tenerlos comiendo completamente de su mano. Si las damas llegan a la plantación, probablemente estarán bastante seguras, y el hermano de Graham podría traerlas de nuevo a la costa. Sin embargo, la plantación es un lugar extraño. Creo que hay yuyu en el aire. Yo las disuadiría de ir, si pudiera.

—Ya lo he intentado —dijo el cónsul—. Las informé sobre la clase de comerciantes portugueses que hay y les dije que no las iba a dejar subir solas o con uno de esos tipos como escolta. Yo no sabía nada sobre la escolta de Graham, y uno de los misioneros te mencionó.

—¿Como una persona respetable? —Pregunté con una sonrisa.

El cónsul asintió igualando mi sonrisa. —Ellas han decidido que las escoltarás tú a la plantación de Graham. No creo que te niegues —agregó cuando yo negué con la cabeza—. La señorita Dalforth me dio la impresión de ser una jovencita acostumbrada a salirse con la suya. Vio al gobernador y le sonrió, y él estuvo de acuerdo en que tú eras la mejor persona posible. De hecho, dijo que él mismo te lo pediría.

—No salgo hasta dentro de un mes —le dije—. Estoy harto del interior del país y mis porteadores necesitan un descanso.

—Ya veremos —dijo el cónsul con pesar—. Apuesto a que ella te tiene partiendo en una semana.

Casi tuvo razón en eso. Me presentaron a las dos y la señorita Dalforth era tal y como él había dicho. Aunque yo tuve que dar un descanso a mis porteadores y pasaron dos semanas antes de que partiéramos.

Era un obstáculo viajar con mujeres. Viajaban en un carro de bueyes y en casi todos los arroyos había que quitar las ruedas y colocar una lona alrededor del cuerpo del carro para convertirlo en un flotador con forma de balsa, en el que iban transportadas. Si la señorita Dalforth, o Alicia, como oí llamarla a la señora Braymore, si Alicia hubiera sido menos encantadora o hubiera estado menos

ansiosa por causar el menor problema posible, yo las habría maldecido casi todo el tiempo. En cualquier caso, soporté los retrasos con ecuanimidad.

Ella estaban encantadas el primer día, cuando subimos por el sendero hacia Venghela. Les mostré el faro donde terminaba la gran ruta de esclavos del interior, y ambas miraron dubitativas. Cuando les mostré la misión del Padre Silvestre, con sus tres poblados de esclavos redimidos, se sosegaron un poco con caras blancas.

El padre trató de persuadirlas de que no siguieran, pero por suerte, llegó un corredor de camino a Ticao con un mensaje de Graham. Su hermano había llegado del interior. Eso fortaleció su resolución. Continuamos el viaje.

En el camino yo no podía hablar con ellas, pues estaba ocupado en la supervisión de mi caravana. Por la noche, sin embargo, conversábamos. Era agradable oír de nuevo a cultivadas mujeres blancas hablar de algo diferente al tráfico de esclavos, el único tema de las misioneras cuando encuentran un oyente en quien pueden confiar que no repita al gobernador sus puntos de vista.

A los nativos se les secuestra o captura en el interior, se les lleva a la costa y son conspicuamente vendidos. Luego son entrevistados y, después de que hagan una marca en un trozo de papel impreso, se considera que han hecho un contrato para servir a un hombre blanco durante cuatro años a un milreis, casi un dólar, al mes.

Llamar a eso tráfico de esclavos es un grave insulto a los portugueses, pero llamarlo sistema servicial es inadecuado. Son servicio o contraídos, que en teoría significa trabajadores por contrato, pero en la práctica son esclavos. Nunca vuelven a ver sus poblados nativos. El camino de esclavos desde el interior está plagado de grilletes usados para confinarlos, y hay a lo largo del camino horripilantes reliquias de esos nativos que no pudieron soportar las dificultades del viaje.

Yo les conté a ellas estas cosas. Les dije que el padre Silvestre sacrificaba su propia alma para evitar que sus aldeanos fueran vendidos nuevamente como servicio, que los negros se levantaron en la plantación de Da Vega y la saquearon, y les conté todo lo que

yo sabía sobre todo ese repugnante sistema. No tenía ninguna intención de convertirme en un héroe (y todavía hoy me duele la conciencia al pensar en algunas de las cosas a las que llegué a acostumbrarme absolutamente), pero sí me permití mostrar mis sentimientos sobre el tema del gobierno portugués.

Alicia escuchaba y, una noche, cuando les explicaba exactamente lo que significaba que un negro fuera enviado a la isla de San Felipe o de Gomé, me tendió la mano muy grave.

—Creo que es muy valiente de su parte —dijo— quedarse aquí y hacer lo que pueda para ayudar a los pobres negros.

Yo la miré, tentado a reír. —Mi querida señorita —le dije—, yo soy prácticamente un forajido que comercia con los nativos del Kongo e intenta eludir a los funcionarios belgas tanto como sea posible. Me toleran aquí en Ticao porque soborno a los portugueses. No soy un héroe. Para los belgas, soy prácticamente lo que es un C. I. D. en el Transvaal. Y usted sabe cómo se considera a un comprador ilegal de diamantes.

—No lo creo —dijo ella con firmeza—. Creo que se queda usted aquí para ayudar a los pobres nativos.

Fue tan hermosamente sincera al atribuirme motivos de los más nobles que no pude reírme de ella. Su bendita incomprensión me hizo abstenerme de dar una patada a Mboka, mi teniente y portador oficial de armas, cuando perdió el cerrojo de mi mejor rifle y tiró el arma para ocultar su fechoría. Al día siguiente tuve que darle dos patadas por el lapso, cuando se aprovechó de mi indulgencia y me robó la mitad de la mermelada.

Alicia era una chica encantadora. La Sra. Braymore estaba sufriendo en el viaje y recaía estoicamente en el silencio para ocultar su emoción, pero Alicia estaba perpetuamente animada y ansiosa por saber nuevas cosas de interés.

Pronto llegó a adoptar un tono de franca amistad conmigo, y tuve que recordarme a mí mismo más de una vez que estaba comprometida con el hermano de Graham y que no sería bueno que me enamorara de ella. Sin embargo, ese compromiso era extraño.

Ella hablaba de su prometido con sencillez, pero sin exceso de afecto. De hecho, confesó que pensaba en él más como un hermano que como cualquier otra cosa. Los tres, Graham, su hermano y Alicia, se habían criado juntos y se parecían mucho a hermanos y hermanas.

Me dije con severidad que, sin importar lo que ella sintiera por su prometido, estaba comprometida con él y sería mejor que yo olvidara que era un placer mirarla y una compañía asombrosamente buena. Sin embargo, no lo conseguía muy bien y la última semana del viaje no fue fácil para mí. Tenía que ser amigable y nada más.

En cierto modo, me alegré mucho cuando vimos dos cascos color caqui acercándose a nosotros, aunque me deprimió mucho la idea de separarme de Alicia. Yo había enviado a un corredor por delante y Graham y su hermano nos encontraron junto al sendero a unas cuatro millas de la casa. Me sorprendió gratamente ver al hermano de Graham. Años antes él había estado en un pequeño balneario inglés donde yo pasaba el verano y nos habíamos hecho muy amigos. Besó a Alicia de manera fraternal y me estrechó la mano.

—Perpretúo un tópico —dijo con curiosidad—. El mundo es un pañuelo.

—¡Arthur Graham! —Exclamé—. Te conocí en Clovelly hace seis años.

—Tienes razón —dijo alegremente—. ¿Cómo estás ahora? Entonces coqueteabas ligeramente con una rolliza chica de Devon.

—Y ahora nos encontramos en el África más oscura —dije sonriendo—. Sigamos.

Seguimos adelante, Alicia en la carreta de bueyes, contándoles alegremente a los dos hermanos nuestras aventuras en el viaje. Me sorprendió bastante notar que ambos iban fuertemente armados y eso me turbó un poco. Parecía como si hubiera problemas con los nativos. Cada uno de los dos hermanos llevaba un pesado rifle de repetición, además de una pistola automática en el cinturón, y Arthur parecía decididamente fatigado, aunque vi que trataba de ocultárselo a Alicia.

Mi sospecha se confirmó al observar que, aunque él trataba de que Alicia no lo viera, revisaba con atención el camino que teníamos por delante. Pareció particularmente preocupado cuando pasamos cerca de un árbol, pues apretó con más fuerza su rifle. Aun después de estar bien lejos del camino, Arthur miraba atrás con nerviosismo.

Pasamos por el poblado y llegamos a la casa por otra ruta, Alicia charlaba alegremente con todos nosotros desde su asiento en la carreta. Evan Graham parecía bastante a gusto y entraba en la charla con verdadero interés, pero Arthur, quien como el prometido debería haberse alegrado de verla, estaba nervioso y preocupado. Su rifle nunca estaba lejos de una posición preparada para echárselo al hombro, y sus ojos vagaban inquietos con una especie de pavor en ellos. Yo me acerqué andando hasta él.

—Arthur —dije en un tono bajo que Alicia no entendió—. Estás nervioso. ¿Nativos?

—Están actuando de manera extraña, pero es peor que eso —dijo en el mismo tono bajo, mirando a Alicia para asegurarse de que su atención estaba en otra parte—. Daría cualquier cosa por tener a Alicia en otro lugar. Te lo contaré más tarde. Mantén los ojos abiertos y, si ves algo, dispara rápido.

Evan no parecía preocupado. Caminaba tranquilamente usando su rifle como bastón, hablando casualmente con Alicia. Sus modales eran muy buenos y su voz era suave, muy diferente al áspero gruñido que yo le había oído usar con sus sirvientes. Al mirarlo con atención, pude ver inconfundibles signos de que había estado bebiendo mucho últimamente. Aunque ese día parecía bastante sobrio. El contraste entre su indolente actitud y el aire de preocupación de Arthur era sorprendente. Vimos uno o dos nativos de camino a la casa, y rápidamente se escondieron en la maleza. Arthur no les prestó atención. Cualquiera que fuese el problema, no eran los negros lo que Arthur temía, aunque había dicho que actuaban de manera extraña.

Me llevó aparte casi en cuanto llegamos a la casa. Yo le dije a Mboka que apilara y contara la carga, y envié a los porteadores a los alojamientos que encontrarían listos para ellos. Evan estaba dentro de la casa, instalando a Alicia y a la Sra. Braymore en sus

habitaciones y mostrándoles los sirvientes que las atenderían. Arthur se acercó a mí con el ceño fruncido de preocupación.

—Te lo aseguro, Murray —me dijo con nerviosismo—. Te pediría que te llevaras a Alicia a la costa mañana si me atreviera, pero ella ya está aquí y regresar ahora sería igual de peligroso para ella.

—¿Qué pasa? —Exigí—. No son los nativos. ¿Qué ocurre?

Miró a su alrededor con ansiedad. —Disparé a una gorila en el Kongo —dijo entrecortadamente— y su compañero escapó. Ha seguido mi caravana desde entonces, dr eso hace ya dos semanas. Luego lo alcancé con un tiro de suerte, pero escapó. Tú sabes que intentará matar al asesino de su pareja.

—Lo sé —respondí—. Uno de ellos me siguió durante tres semanas una vez, hasta que lo ataqué y lo maté.

—Le disparé a esa hembra —dijo Arthur rápidamente—. Le disparé en la cadera y ella gritó para llamar a su compañero. Ella no podía escapar. Él llegó estrellándose contra los árboles y yo le disparé. Pensé que se había ido y me acerqué a la hembra. Terminé con ella y luego el macho vino por mí. Le disparé en el brazo y huyó. Toda esa noche gimió y chilló alrededor de mi campamento. Mis muchachos estaban muy asustados. A la mañana siguiente cayó de un árbol dentro del campamento, golpeó las cabezas de dos de mis porteadores y les aplastó los cráneos. Yo salí corriendo con una pistola y él desapareció. Tres días después cayó directamente de un árbol casi encima de mi cabeza y se dirigió hacia mí. Uno de mis chicos estaba limpiando una lanza, directamente en el camino del gorila. Trató de atravesar a la bestia, pero se demoró lo suficiente como para qur el gorila le rompiera el cuello y, en ese momento, yo tenía una pistola. El gorila desapareció nuevamente. A partir de ese momento, si uno o dos de mis muchachos se alejaba del campamento, no regresaba. La bestia ha matado a seis de mis mejores portadores y a mi portador de armas. ¡Y yo nunca tuve un disparo claro siquiera! Le disparé hace dos semanas y encontré sangre donde había estado, pero ni rastro de la bestia. Desde entonces me ha dejado en paz.

—Puede que el animal haya dejado de seguir el rastro o puede que

esté muerto —comenté pensativamente—, pero no te culpo por querer tener cuidado.

—La idea de ese enorme simio acechando tal vez ahí fuera, tal vez a punto de caer en cualquier momento, con Alicia aquí —dijo Arthur desesperadamente— basta para volver loco a un hombre. Ya sabes que a veces se llevan a mujeres nativas. Tengo que proteger a Alicia. Si me mata no me importa. Evan no quiere creer que está cerca, va armado para complacerme, pero te digo que la bestia está cerca. Está por ahí fuera.

Me sentí empalidecer. Un monstruoso simio merodeando por el lugar con intenciones malignas y Alicia riendo ajena a todo dentro de la casa era suficiente para hacerme sentir nervioso y aprensivo. Inconscientemente, apreté el agarre en mi rifle. Alicia salió al porche en ese momento y nos hizo una seña.

—No mencionemos esto todavía —dijo Arthur mientras subíamos.

Yo asenti. Alicia estaba entusiasmada con las comodidades que Evan había logrado poner en su casa del interior del país y, cuando nos sentamos a cenar, el mantel blanco y la cubertería brillante daban un efecto de civilización. Aunque cuando uno veía los rostros negros de los sirvientes que nos atendían, y los tatuajes y los aros en la nariz que los desfiguraban, la ilusión se desvanecía de inmediato.

Estuve mucho tiempo sin lograr dormir esa noche. A la mañana siguiente debía salir hacia el interior y, con toda probabilidad, nunca volvería a ver a Alicia. Cuando por fin me quedé dormido, estaba inquieto y, cuando desperté, estaba en una casa extrañamente silenciosa. La voz de Evan Graham me espabiló. Me estaba llamando para que me levantara. Su facilidad de modales y su ausencia de preocupaciones se habían desvanecido. Arthur, por encima del hombro, parecía aún más aprensivo que antes.

—Levántate —dijo Evan brevemente—. Los criados salieron durante la noche. Tus muchachos también se han ido. Hay asuntos yuyu en marcha. Y los bueyes que tiraban del carro de Alicia han sido apaleados hasta la muerte en sus establos.

Los criados habían huido de la casa. No había otro hombre blanco

en un radio de ciento cincuenta millas. Todos a nuestro alrededor eran nativos que puede que temieran a Evan Graham, pero ciertamente lo odiaban y, en algún lugar del bosque, teníamos razones para creer que un monstruoso simio acechaba esperando una oportunidad para desatar su bestial venganza contra el asesino de su pareja.

III. LA SORTIE DE EVAN

Exploramos primero la casa y nos encontramos con una sorpresa. La chica nativa, la que yo había visto llevada a la casa por la procesión yuyu dos meses atrás, estaba agachada en un rincón. Demasiado asustada para dar una explicación coherente a la partida de los otros sirvientes.

Se habían ido sin más, dijo ella. Nadie le había dicho nada y a ella la habían dejado allí. Los bueyes yacían en sus establos con la cabeza aplastada a golpes por una pesada barra de hierro, inclinada en el suelo junto a estos. Incluso mis propios muchachos habían desaparecido. Esto me impactó con más fuerza porque yo los había tratado bien y había pensado que podía contar con tanta lealtad de ellos como cualquier hombre blanco puede esperar de un nativo promedio.

La deserción de Mboka me molestó mucho. Yo había pensado bien de él y, en cierto modo, le tenía mucho cariño. Sin embargo, se había ido con el resto. Las cargas de los carros yacían amontonadas. Había pequeñas y preciosas posesiones de mis muchachos a su alrededor. Esa era quizás la parte más extraña de todo el asunto. Al marcharse a escondidas en medio de la noche, los sirvientes no se habían detenido a robar, ni siquiera a llevarse lo que era suyo. Al parecer, se habían levantado y se habían escabullido aterrorizados.

Regresamos a la casa, desde las dependencias de los sirvientes, llenos de especulaciones bastante incómodas. Obviamente, el yuyu estaba en el fondo de lo que estaba sucediendo, y no se sabe qué puede entrar en la cabeza de un médico yuyu. Al pasar por las habitaciones traseras, Evan se detuvo para ordenar a la solitaria nativa que nos preparara la comida. Continuamos para encontrar despiertas y curiosas a Alicia y a la Sra. Braymore. Estaban ambas en el porche delantero cuando nos oyeron, y Alicia entró para sonreírnos a todos y hacernos preguntas.

—¿Dónde están todos los sirvientes, Evan? —exigió—. No tuvimos ni una gota de agua esta mañana. ¿Y qué pasó con la aldea nativa?

De camino hacia aquí vimos muchas aldeas, pero ninguna era como la tuya.

Miramos las miserables chozas del poblado. No se veía señal alguna de vida. Ninguna de las innumerables y diminutas hogueras de una aldea nativa ardía, y la única calle estaba absolutamente desierta.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo Arthur con gravedad—. No me gusta este asunto. Murray, ¿vienes?

Recogí mi rifle y avancé. Mientras atravesábamos el claro frente a la casa, Arthur se volvió hacia mí.

—Tampoco te olvides de ese gran simio. Probablemente esté esperando la oportunidad de caernos encima desde un árbol.

Esa era una bonita perspectiva. Si bajábamos por el camino despejado hacia la aldea, seríamos blancos perfectos para los arqueros o lanceros ocultos tras los arbustos a ambos lados. Si atravesábamos los arbustos, teníamos una asombrosa posibilidad de encontrarnos con el gorila. Y el gorila también había aprendido a ser astuto, y no se expondría a un disparo si podía evitarlo. Esperaría pacientemente hasta que llegara la oportunidad de abalanzarse sobre nosotros y partirnos el cráneo sin que tuviéramos tiempo de levantar un arma de fuego, o en su defecto, hasta que pudiera bajar un peludo brazo y apresarnos...

Yo había visto antes a esos grandes simios doblar y torcer barras de hierro. Me llegó de pronto un pensamiento. ¡La barra de hierro de los establos con la que habían matado a palos a los bueyes!

Caminamos cautelosamente hacia el centro del espacio del claro, registrando con los ojos la maleza a ambos lados, pero afectando un aire indiferente en caso de que los observadores ocultos nos vieran. Llegamos al poblado y entramos. Estaba absolutamente desierto. No quedaba ningún hombre, mujer o niño dentro de esta. Sus posesiones estaban intactas, salvo que todas sus armas habían desaparecido, excepto las ollas de cocina, los taburetes tallados, las túnicas de piel, los adornos, fetiches menores y juguetes de niños, todo lo demás yacía como sus dueños lo habían usado por última vez. Solo unos pocos perros nativos merodeaban por las silenciosas

cabañas. No había ni una sola señal que diera una pista del motivo del misterioso éxodo de los nativos.

—No llevo aquí mucho tiempo —dijo Arthur secamente—, pero he aprendido que, cuando los nativos hacen cosas inexplicables, el yuyu está detrás. ¿Qué dices tú?

—Que estoy de acuerdo contigo. Aunque me gustaría poder ver algunas señales. Sé leer algo de la palabrería yuyu. Pero no hay ninguna señal. No hay ni rastro de encantamientos. Regresemos a la casa y hablemos de esto con Evan.

Comenzamos un lento regreso a la casa. Yo iba adelante, desconcertado por las rarezas de la situación y tratando de reconstruir el significado de todo aquello, cuando Arthur se detuvo en seco. Su voz me llegó como poco más que un susurro.

—Murray —dijo bruscamente—. ese mono nos está siguiendo.

Yo escuché, pero no conseguí oír nada. Difícilmente se esperaba que los oídos de un hombre blanco detectaran a un gorila especialmente esforzado por permanecer en silencio. Aunque Arthur parecía oír algo. Levantó silenciosamente su rifle. Yo seguí la dirección en la que él apuntaba, pero no pude ver nada. Arthur disparó. Una rama se balanceó levemente donde su bala la había rozado, pero aparte de eso no hubo ninguna señal.

—No he visto nada —comenté.

Arthur negó con la cabeza. —Puede que sean los nervios —dijo en voz baja—. Esa maldita bestia me ha perseguido, creo que lo vi.

Subimos despacio hacia la casa. Justo antes de llegar al porche, Arthur me miró con lástima.

—Lo oí siguiéndonos todo el camino —me dijo. El sudor le salía por la frente—. Está ahí fuera, y está esperando la oportunidad para vengarse de mí. ¡Y la bestia ha aprendido a ser astuto! Debemos cuidar de Alicia.

Asenti. Evan nos estaba esperando.

—¿Habéis encontrado algo? —exclamó Evan hacia abajo—. ¿A qué le disparaste?

—Al gorila —dijo Arthur en voz baja—. Está ahí fuera y está decidido. Será mejor que avisemos a Alicia y a la señora Braymore.

Evan pareció dudar. —¿Lo vio Murray?

Yo negué con la cabeza.

Evan frunció el ceño pensativo. —Arthur, viejo amigo, puede que solo sean nervios. De todos modos, las mujeres ya están bastante preocupadas por la forma en que actúan los nativos. Estaremos atentos, por supuesto. Voy a cazar a esos nativos.

—Son tus nativos —dije—, pero dudo que esa sea una medida inteligente. Si es una tontería nativa, volverán. Si no, es probable que sean bastante... bueno, imprudentes.

—Son mis nativos —dijo Evan enojado—. No tengo intención de complacerlos. Les daré un susto que les durará diez años. Si sé algo sobre yuyu es que...

—¿Qué? —Le pregunté.

—Que no se atreverán a respirar sin permiso de ahora en adelante —dijo Evan con gravedad.

Evan parecía estar sumido en una fría cólera. Al recordar el abyecto miedo que parecía dominar a sus esclavos todo el tiempo, me pregunté qué podría tener reservado para ellos. Abrí la boca para protestar sobre su intento de buscar a sus nativos, pero me detuve. Esa casa yuyu que mis muchachos habían insinuado, escondida en algún claro oculto cerca de la aldea, podría contener un secreto por el cual él los controlaba. En cualquier caso, él conocía mejor a sus propios nativos.

Entramos en la casa y nos sentamos a desayunar. Debimos de haber presentado un extraño espectáculo, sentados allí frente a esa mesa impecable, con la ropa desaliñada y puesta apresuradamente, con los rifles apoyados en las sillas. Ni Arthur ni yo podíamos comer más que un poquito, pero el apetito de Evan no parecía haber

disminuido. La chica nativa nos atendía y el pánico que acechaba en sus ojos no estaba nunca muy lejos de la superficie. Parecía más cercano cuando miraba a Evan.

Yo estaba más preocupado por mis propios muchachos. Decididamente, era extraño que me hubieran abandonado, especialmente Mboka, quien llevaba conmigo todo un año y yo había llegado a confiar mucho en él. Sin embargo, se había ido con los demás y el mismo misterio de su desaparición parecía añadir algo a la amenaza del silencio que nos rodeaba.

Aunque, al pensar en ello, no era menos extraño que los supervisores de Evan hubieran desaparecido. Por la naturaleza de su posición, serían odiados por los demás nativos de pura sangre, y que se hubieran ido con ellos era muy singular.

Entonces recordé una historia que había oído una vez sobre un místico culto vudú que se estaba extendiendo secretamente por toda África Occidental. La historia decía que se estaba intentando agrupar a todos los nativos posibles en este culto vudú y que luego, a una señal dada, todos se levantarían. El motín indio se repetiría. Todo hombre blanco de la costa oeste sería apresado por los negros más cercanos y el dominio de la raza blanca se convertiría en cosa del pasado, al menos en África.

Sentí frío al pensar que ese culto, que yo había creído muerto durante muchos años, podría haber estado ganando conversos secreta e insidiosamente durante todo este tiempo, y que todos los negros entre nosotros y la costa podían levantarse y esperar solamente a que llegara el coraje para atacarnos. De todos modos, éramos los únicos blancos en ciento cincuenta millas, y si el comportamiento extraño de los nativos significaba fechorías, probablemente estábamos condenados. Tuve la enfermiza sensación al pensar que lo otro podía ser cierto, que se estaba produciendo un segundo motín.

Como para confirmar mi creencia, justo en ese momento, los tambores empezaron a sonar a lo lejos en el monte. Hacia el sur de nosotros comenzaron su estruendo rítmico y monótono. ¡Bum bum bum bum! Sin una pausa, sin saltarse un batido, sin alterar en lo más mínimo el hipnótico murmullo. Dejamos de comer y nos

miramos. Los tambores seguían batiendo, hoscamente, lejos, muy lejos. Evan se enojó por la insolencia de sus esclavos. Miré a Alicia e hice un voto mental de que mi último cartucho debería guardarse para ella. Arthur escuchó con aire indiferente y luego continuó con su desayuno.

Los primeros tambores llevaban sonando unos quince minutos cuando, hacia el noreste, otros tambores retomaron el rítmico compás. Los ojos de Evan se entornaron. Se acercó a una ventana y miró afuera. Al moverse, pasó cerca de la chica nativa y ella retrocedió temerosa. Mientras miraba al otro lado del claro, un tercer grupo de tambores comenzó a sonar, hacia el noroeste esta vez. Estábamos rodeados.

Evan se acercó a la mesa con una expresión sombría en el rostro. —¡Negros bobos! —Dijo furioso—. ¡No se atrevieron a venir por mí! ¡Iré yo por ellos y pondré fin a esto!

—¡Evan! —exclamó Alicia asustada—. ¡Te quedarás aquí con nosotros!

—Este no es momento de precaución —dijo Evan con gravedad—. Si los dejamos, mantendrán una charla yuyu hasta que tengan valor para atacarnos. Entraré en su consejo y veremos qué pasa.

—Yo iré —dijo Arthur sintiendo rápidamente la psicología del movimiento que Evan se proponía hacer—. Mejor me vaya yo.

—¡Eso sería un suicidio! —exclamó Alicia de nuevo—. Un hombre blanco entre todos esos negros. Podrían matarte en un instante.

—Precisamente por eso tendrían miedo —interpuse—. El mero hecho de que un hombre blanco se atreva a entrar en su charla y darles órdenes los asustaría. Ningún negro se atrevería a hacerlo, y ellos no entenderían cómo un hombre blanco podría hacerlo. Es muy posible que un simple farol pueda ganar la mano. Por supuesto, tenemos que hacer algo. Aunque creo que será mejor que vaya yo. Mis muchachos están entre esa multitud y me quieren bastante, creo. Voy a tener de mi lado a la mitad de ellos desde el comienzo.

Evan negó con la cabeza. —Tus muchachos están en esa multitud —dijo secamente—, pero el hecho de que te aprecian hará que te maten mucho más rápido. Ya conoces a los nativos. Ahora bien, mis nativos me odian como un veneno, y no hay ninguno de ellos que no me mataría de un tiro si se atreviera. Tendrán miedo cuando me acerque a ellos. Soy yo quien debe ir e iré. Además, conozco el dialecto local. Oiréis que un grupo de tambores se detiene en media hora.

Recogió su rifle y salió por la puerta. Con un rostro completamente pálido, Alicia lo observó irse.

—¡Marcha hacia su muerte! —dijo ella en un susurro—. ¡Detenedlo, oh, por favor detenedlo!

—Todos estamos en tanto peligro como él, querida —dijo Arthur con ternura—. Evan está aprovechando la única oportunidad que puede sacarnos de esta sin pelear. Se internará en medio de ese grupo de nativos y, por pura valentía, los asustará para que hagan lo que él dice. Si fuéramos los tres, nos atacarían en cuanto nos vieran.

Los labios de Alicia temblaron y Arthur intentó consolarla. Yo fui a la puerta y me quedé observando a Evan. Aquello era ilógico, pero con todos nosotros enfrentándonos muy probablemente a la muerte, y ciertamente a un asedio, sentí una punzada de celos cuando vi a Arthur poner sus brazos sobre el hombro de Alicia para consolarla. La Sra. Braymore estaba pálida hasta los labios, pero trató de mostrarse casual y alegre. Ella vino y se paró a mi lado mientras yo miraba por la puerta.

—Francamente —me preguntó en voz baja—, ¿cuáles son nuestras posibilidades?

—No lo sé —le dije con tristeza—. Ni siquiera sabemos todavía lo que los nativos están haciendo. Esos tambores no suenan bien. Puede que lo signifique todo o puede que no signifique nada.

La Sra. Braymore me miró inquisitivamente. Cualquiera podía ver que estaba asustada, pero estaba haciendo todo lo posible por no demostrarlo.

—¿Y si quieren decir... algo?

—Hay un fuerte portugués a ciento cincuenta millas de distancia —respondí con gravedad—. Podrían enviar soldados para levantar el asedio si se enteraran. Supongo que nos asediarán. Las cosas apuntan a eso. Evan debe de haber tratado a sus esclavos peor de lo habitual. Por lo general, simplemente huyen. No es frecuente que intenten algo de este tipo. No me gusta el sonido de esos tambores. Eso significa organización y propósito. Lo único que puedo decir es que espero que Evan tenga éxito con los nativos.

La señora Braymore palideció un poco más, pero sonrió con tanta valentía como pudo.

—Bueno —dijo ella en voz baja—, conozco a Alicia lo bastante bien como para prometerte que seremos el menor inconveniente posible. Si decides intentar algo drástico, como intentar escapar a través de los arbustos, haremos todo lo posible para mantener el ritmo. Y creo que las dos somos bastante buenas tiradoras.

—Espero que no haya necesidad de nada en ese orden —dije con más respeto que antes en mi tono—. Intentaremos aguantar aquí. Mis muchachos son leales, creo, al menos han sido leales hasta ahora, y aunque estemos sitiados, uno de ellos probablemente llevará un mensaje al fuerte.

Yo tenía pocas esperanzas de eso, Dios lo sabía, pero no quería que la Sra. Braymore se preocupara más de lo necesario. Ella pareció notar que yo estaba hablando más de mis esperanzas que de mis creencias, porque se encogió de hombros.

—No hay necesidad de suavizarme las cosas —dijo ella—. Alicia y yo no ...

Se detuvo y contuvo el aliento. Había sonado un disparo entre la maleza y en la dirección en la que Evan se había internado. Con intervalo de un segundo, otro disparo. Luego hubo un grito horrible y un chillido maníaco.

—El gorila —espeté y comencé a bajar los escalones con mi rifle amartillado al máximo.

Oímos un segundo estallido de los mismos sonidos de bestia y un estrépito en los arbustos. Levanté mi rifle. Una figura apareció vagamente entre los arbustos. Disparé vengativamente. ¡Evan tropezó y cayó en el claro, recién salido de la jungla!

IV. LA PRIMERA VÍCTIMA

En un segundo estaba arriba de nuevo y corrió desesperadamente hasta llegar a mi lado. La sangre le corría por las mejillas a causa de cinco profundos rasguños.

—El mono —jadeó—. Casi me pilla. Me saltó encima, pero le metí dos tiros. Luego me agarró, pero escapé. Tropecé justo cuando disparaste. Maldita suerte.

Me quedé quieto apuntando a la amenazadora jungla, pero de ella no salía ningún sonido excepto el rítmico batir monocorde de los tambores desde tres de los lados, desde donde los sacerdotes yuyu llevaban a sus seguidores a un frenesí de odio contra los hombres blancos. Evan subió lentamente hasta la casa, agotado y conmocionado por su escapada por los pelos de la muerte.

Realizamos un consejo de inmediato. Los tambores a cada lado de nosotros significaban maldad. Eso era seguro. Que un hombre blanco intentara detener los consejos yuyu era extremadamente peligroso, pero esa era nuestra única oportunidad. Por otro lado, que uno de nosotros atravesara la jungla y corriera ese riesgo desesperado implicaba eludir la vigilancia del gorila loco de odio, cuya astucia iba en aumento.

—No sé cómo llegó hasta mí —dijo Evan, todavía temblando por lo inesperado de todo el asunto—. Oí un gruñido y ya lo vi venir por mí a menos de diez pasos de distancia. Sobresaltado, apreté el gatillo sin apuntar mientras él se acercaba. Llevaba el rifle hasta la mitad del hombro cuando me alcanzó. Uno de sus grandes zarpas, muy peluda, agarró la boca del cañón cuando disparé por segunda vez, mientras que la otra me agarró la garganta. Cuando el rifle disparó, él retrocedió y estalló en gritos. El tiro debió de haber quemado o lastimado la zarpa. Yo di media vuelta y corrí, pero él ya me había hecho esto mientras tanto.

Su abrigo lo tenía medio arrancado y los profundos arañazos en su mejilla mostraban dónde las garras acababan de rozarle el rostro.

—No me importa enfrentarme a los nativos —admitió Evan en conclusión—, pero te diré francamente que no quiero volver a atravesar esa jungla mientras esa bestia esté en ella.

La eterna amenaza de los tambores llegaba a nuestros oídos a través de las ventanas abiertas. Arthur comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, maldiciendo en voz baja. Alicia se mordía el labio y golpeaba nerviosamente el suelo con el pie. La señora Braymore comenzó a doblar y a redoblar con cuidado su pañuelo. De repente, noté que la tela estaba cayendo en pedazos bajo sus dedos. Luchando como cualquiera de nosotros, nuestros nervios estaban muy desgastados.

La tensión empeoró durante el día. Había dos o tres perros en el lugar y era curioso verlos desconcertados por nuestra abstracción. Se mantenían alerta y fuera del camino de Evan, pero obviamente estaban desconcertados por la ausencia de los sirvientes que solían atenderlos, y nos miraban con la perplejidad en sus ojos. No podían llamar la atención de la solitaria nativa que se había quedado. Ella se había retirado a un silencio presa del pánico, sirviéndonos cuando era necesario, pero pasando la mayor parte del tiempo en la habitación a la que había sido asignada. Le habíamos ordenado que abandonara las dependencias de los sirvientes y se quedara en la casa misma.

Toda la mañana los tambores tocaron rítmicamente. Durante el almuerzo continuaron su hipnótico murmurar. Y toda la tarde continuaron y continuaron hasta que pareció como si su rugido ominoso nos aplastara, parecido a pulsos regulares. Lejos en el monte, donde no podíamos llegar hasta ellos, sabíamos que se estaban celebrando consejos yuyu. Los brujos medicina extrañamente pintados y tatuados giraban en sus danzas místicas e inflamaban las mentes de los negros contra nosotros.

Los hombres golpeaban los tambores y gritaban y chillaban, cerrando los ojos y rindiéndose al éxtasis del ritmo hasta quedar casi inconscientes de las palabras que repetían. Lenta y seguramente, los negros se estaban preparando para levantar las manos contra sus amos. Con el tiempo, con un tambor y una frase rítmica, un nativo puede convencerse de cualquier cosa simplemente golpeando el tambor y gritando una y otra vez la frase

que contiene la idea. Se deleita con el ritmo, se hipnotiza con la monotonía de los golpes de tambor. Entra en éxtasis, simplemente gritando una y otra vez la frase.

La cena de esa noche fue una repetición del desayuno y del almuerzo. Nos sentamos a la mesa con los rifles a los lados, con nuestros movimientos entrecortados e inseguros por la tensión de esperar no sabíamos qué. Los perros yacían en el suelo, mirándonos ansiosos. La sirvienta soltera nos atendía con el rostro apagado por la apatía, aunque de vez en cuando iluminaban sus ojos destellos de pánico. Y siempre oíamos los tambores batir a lo lejos en el monte. Me sorprendí a mí mismo sentado con un tenedor en el aire lleno de comida, escuchando su retumbar malhumorado y amenazador.

Arthur, Evan y yo dividimos la noche en vigilias. Yo tomé la primera y esperé tensamente hasta pasada la una. No escuché nada más que los ahogados tambores hacia el noreste, noroeste y sur. La luna brillaba intensamente y dejaba el claro alrededor de la casa como un lago de plata fundida. Escuché los ruidos de los insectos, los insectos africanos de voz fuerte, y los gritos de los pájaros nocturnos. No escuché nada más. La noche fue tranquila y pacífica, salvo por el incesante batir de los tambores.

Evan me relevó. Salió al porche y encendió un puro.

—Ese tamborileo se vuelve monótono —bostezó—. Ojalá vinieran y acabaran con el suspenso.

—Si vienen —comenté—, habremos acabado.

—No necesariamente. Si los retenemos durante una semana y matamos a suficientes de ellos, se cansarán y se irán.

—Eso no nos ayudaría mucho. No veo cómo podríamos recorrer ciento cincuenta millas a través del monte con dos mujeres y sin porteadores.

—Podríamos intentarlo de todos modos. Algunos lo lograríamos. ¿No has oído nada?

—No —respondí—. Solo los tambores.

Entré y me acosté a dormir. Cuando me entregué al ritmo de los tambores, rápidamente me sumió en un profundo sueño. Sabía lo que significaba el sonido, que los desnudos salvajes gritaban y danzaban en un frenesí de odio contra nosotros, pero si uno permitía que así fuera, resultaba muy reconfortante.

Hubo un momento en que empecé a medio dormir. Algún sonido dentro de la casa me despertó, pero un momento después oí los pasos de Evan en la terraza y reconocí el sonido de las suelas de sus zapatos en el piso. Tarareaba una pequeña melodía para sí mismo. Me tranquilicé y volví a dormir.

Oí también cuando Arthur relevó a Evan. Sus voces me llegaron claramente mientras ambos intercambiaban saludos.

—¿Nada nuevo? —preguntó Arthur nerviosamente.

—No. Te aseguro, Arthur, que los nativos están tardando muchísimo en agruparse hasta el ataque. Yo los tenía bastante asustados. Tal vez mantengan una gran charla durante varios días, gritarán y bailarán hasta el agotamiento. y déjalo así. Yo sabía que pasaban estas cosas. Nuestros antepasados primitivos solían celebrar consejos yi-yi y eliminar sus emociones sobrantes de la misma manera. Si este festival yuyu dura dos días más, creo que se agotará y terminará en una orgía de vino de palma. ¡Entonces volverán y serán buenos!

—Es el gorila lo que más me preocupa en este momento —dijo Arthur con gravedad—. Los nativos son hombres y uno puede anticipar sus movimientos, pero no se sabe qué hará un animal, particularmente un mono.

Evan se rió.—Me di un susto justo ahora —dijo—. Escuché un sonido extraño en la habitación de Biheta —Biheta era la chica nativa—. Ella soltó un extraño gorjeo. Yo no sabía qué pasaba, así que fui y miré por la puerta. Estaba tumbada allí bastante quieta, evidentemente dormida profundamente. Debió de haber tenido una pesadilla, pero me dio escalofríos durante un instante.

Arthur pareció levantar su rifle.

—Bueno, voy a entrar a dormir un poco —dijo Evan con un bostezo —. Anímate, Arthur. Hay una muy buena posibilidad de que los nativos se queden roncos y vuelvan pacíficamente al trabajo. Mientras los tambores permanezcan a distancia, estamos bien. Pero despiértanos a todos si paran.

Entró en la casa y fue a su propia habitación. Yo me quedé dormido de nuevo. Cuando desperté era bastante después del amanecer. Evan asomaba la cabeza por mi puerta y estaba sonriendo alegremente.

—Levántate —ordenó—. El desayuno estará listo en un par de minutos.

Me levanté de la cama y lo oí ir a la parte trasera de la casa. Lanzó una orden en el dialecto local, pero no hubo respuesta. Habló de nuevo con dureza. Todavía no hubo respuesta. Lo escuché abrir una puerta. Luego exclamó en voz alta.

—¡Arthur! ¡Murray! ¡Venid aquí!

Fuimos rápidamente y entramos en la habitación en la que se encontraba Evan. Era la habitación asignada a la nativa. Él estaba de pie sobre el sofá, mirando con tristeza a la figura que allí yacía.

Los rasgos apagados de la chica estaban torcidos en la expresión del miedo más horrible. Era espantoso que un terror tan absoluto pudiera manifestarse en un rostro humano. Los ojos estaban muy abiertos y miraban fijamente, la boca estaba retraída en un mudo grito de total y desesperado pánico. Las manos estaban apretadas de modo que las uñad se clavaban en la carne de las palmas, y la cabeza estaba extrañamente torcida. La chica estaba muerta.

Evan le levantó los hombros y la cabeza cayó hacia atrás.

—Cuello roto —dijo lacónicamente—. ¡El gorila!

—¡Gran cielo! —dijo Arthur desesperadamente pálido, como una sábana—. ¿Qué sigue? ¿Cómo entró aquí? ¡Alicia! —Salió corriendo de la habitación y llamó con voz ronca.

La voz de Alicia respondió al instante —¿Qué pasa?

—La chica nativa está muerta, asesinada por el gorila durante la noche. ¿Estás a salvo?

Alicia apareció en persona y lo demostró. Estaba pálida, pero serena.

—¿Dónde? ¿Qué...?

Perdí el resto de su pregunta. Evan y yo estábamos buscando los medios de entrada y salida del gorila. La débil ventana mosquitera estaba intacta. La puerta estaba abierta, pero Evan recordó que la había encontrado cerrada y la había vuelto a cerrar después de mirar dentro de la habitación durante la noche.

¿Era posible que el monstruoso animal poseyera la astucia de abrir la puerta suavemente antes de entrar y luego la diabólica previsión de volver a cerrarla al salir? Parecía imposible, pero ¿qué otra explicación había?

—Ha estado en la casa —dijo Evan con gravedad—. ¿Dónde está ahora?

Salí a buscar uno de los perros. Lo llevamos a la habitación y olfateó el cadáver. Luego lo guiamos por la casa. Creímos que mostraba algo de emoción. Olfateó la puerta de una habitación que se usaba como almacén.

Con nuestros rifles listos, abrimos la puerta. No salió ningún sonido del interior. El perro, erizado, entró lentamente en la habitación. Con cautela, lo seguimos. Cajas y fardos estaban esparcidos por todos lados, pero no había rastro del animal que había matado a la nativa. El perro gruñó y se movió, con las piernas rígidas, pero pronto se sintió desconcertado y olisqueó perplejo por todo el lugar. No pudo encontrar nada.

Exploramos la habitación a fondo, aunque con el corazón en la boca. Tres hombres y un gorila en un pequeño almacén sería desagradable para los hombres, por muy armados que estuvieran. No pudimos encontrar ningún nicho en el que pudiera haberse escondido la bestia, ni ninguna evidencia de su presencia. Después de un tiempo, el perro se rindió y se tumbó en el suelo con la

lengua colgando.

—¿Crees que podría ser un negro quien la mató? —preguntó Arthur de repente—. Un nativo habría sabido lo del pestillo. Uno de ellos podría haber entrado sigilosamente en la casa y haber matado a la chica como castigo por haberse quedado atrás cuando el resto se fue.

—Si lo hizo —comenté con gravedad—, es seguro decir que será mejor que no toquemos nada de la comida que pudiera haber comido. Esos venenos vudú son cosas mortales y puedes confiar en que estaría preparado para administrarlos.

—Eso es poco probable —dijo Evan.

—Debe de haber sido un nativo —insistió Arthur con ansiedad—. Ningún animal habría tenido la astucia de entrar sigilosamente, matar a la pobre chica en silencio y luego volver a escabullirse. Debe de haber sido uno de los negros.

—Gorila —dijo Evan negando con la cabeza.

Arthur de repente miró hacia arriba.

—¡Ya lo tengo! Tomaremos una foto de los ojos de la chica. Vi una forma nublada en la retina. Tengo una cámara de insectos en mi equipaje, y puedo asegurarme de qué fue lo que la asustó en el último momento de su vida.

La expresión del rostro de la chica había sido de terrible miedo. Lo que fuese que la había matado, ella lo había visto antes de morir, lo había visto y reconocido como algo mortal y horrible.

—Pruébalo —le urgí—. No podemos estar seguros de lo contrario. Si era un nativo, con certeza nuestra comida está envenenada.

Arthur fue a su habitación y apareció con la extraña cámara. Era una caja larga y, evidentemente, la lente tenía una gran distancia focal. Arthur tardó mucho en ajustarla correctamente. Propuso aprovechar el hecho de que el ojo de un muerto retenía desde veinticuatro hasta cuarenta y ocho horas la impresión de lo visto por última vez en vida. Mucha gente se maravilla de que la imagen

brillante en la superficie exterior del ojo retenga esa luz. De hecho, la imagen se guarda en la retina, en el interior del globo ocular. Es extremadamente difícil fotografiar la retina sin disecar el ojo, pero se puede hacer, como procedió a demostrar Arthur.

Yo salí y busqué posibles huellas por la casa. Después de un registro preliminar, conseguí que Evan me ayudara. No pudimos encontrar ninguna señal de huellas que se dirigieran hacia la casa o se alejaran de ella. Había habido denso rocío y la capa superior de la tierra estaba oscura y húmeda. Inevitablemente se habrían mostrado huellas. Cuando terminamos nuestra búsqueda, nos miramos el uno al otro. Quienquiera que había matado a la nativa debía de estar todavía en la casa. No había absolutamente ninguna señal de que se hubiera ido.

Entramos. Bestia u hombre, algo había estado en la casa moviéndose silenciosamente y sin ser descubierto a pesar de nuestra vigilancia. Había entrado en la habitación ocupada por la nativa y la había despertado. Ella lo había visto y lo había reconocido como espantoso. El horrorizado rostro era prueba de ello. Aquello había sido lo bastante astuto como para cerrar la puerta de la habitación después del asesinato. Eso implicaba que era un nativo. Por otro lado, le había roto el cuello a la chica, una hazaña que requeriría una fuerza increíble. Eso hablaba de un animal monstruoso. Oímos a Arthur arrastrando los pies en su improvisado cuarto oscuro, y el tintineo de los platos en los que había mezclado sus soluciones.

¿Cómo había llegado la criatura, hombre o bestia, dentro de la casa? ¿Cómo se había abierto paso silenciosamente por las habitaciones a medianoche, con uno de nosotros despierto y en guardia? ¿Podía ser que uno de los sirvientes se hubiera quedado escondido en algún lugar secreto, mientras los demás se habían ido, y que ahora merodeara por la noche mientras el resto, a lo lejos en el monte, gritaba y aullaba, tamborileaba y danzaba y se aprestara gradualmente para atacarnos?

Arthur salió de su cuarto oscuro con un plato de vidrio en la mano. Su rostro estaba pálido.

—Mirad esto —dijo en voz baja—. Si lo sostienes de manera que la luz incida en diagonal, lo verás con sus luces y sombras adecuadas,

en lugar de al revés.

El plato todavía estaba húmedo, lo acababa de sacar del baño de fijación. Nosotros miramos. Vimos, recorriendo sin rumbo fijo aquí y allá como las ramas de un árbol, pequeñas líneas oscuras. Eran los vasos sanguíneos que alimentaban el ojo. Aunque no les prestamos atención. La vista que nos hizo jadear tanto a Evan como a mí fue la extraña imagen que vimos en medio de todos esos pequeños vasos sanguíneos.

Allí, distorsionada y espantosa, amenazadora y terrible, vimos la causa de la muerte de la nativa y de su terror. Vimos la cabeza de un gorila, con sus horribles colmillos descoloridos sobresaliendo de labios ennegrecidos en una mueca de indescriptible ferocidad.

V. COMO POR MAGIA

—Y está en la casa —observó Evan con gravedad—. Una bestia adulta pesará ciento cincuenta kilos y dejaría muchas señales al caminar. No hay huellas que se alejen de aquí. Murray y yo lo miramos.

Arthur estaba pálido mientras nos miraba. Yo mismo me sentía bastante tembloroso. La idea de una criatura así en la misma casa, con Alicia expuesta a su loca rabia en cualquier momento que pudiera elegir para salir de su escondite, era espantosa.

Las dos damas estaban en la gran sala del frente. Entré y me quedé con ellas rifle en mano, mientras Arthur y Evan volvían a recorrer la casa. Llevaban a los perros con ellos y, entraron en cada habitación y en cada rincón, estaban listos en cualquier instante para enfrentarse de cerca a la que posiblemente fuese la más terrible de todas las bestias salvajes.

Un gorila adulto tiene fácilmente la fuerza de seis u ocho hombres y, en un espacio reducido, las armas de fuego serían casi inútiles. Yo oía a los perros dando vueltas por toda la casa, olisqueando ansiosamente por todos lados, pero sin encontrar nada. Nuevamente parecían emocionados en la puerta del almacén, y nuevamente abandonaron la búsqueda después de haber entrado.

Arthur se reunió conmigo y con Alicia, con desánimo en cada función.

—No está aquí —dijo con cansancio— y sí está aquí. Estuvo aquí y no está aquí. ¡No sé dónde está!

Evan se dejó caer en una silla, aunque se apreciaba que tenía el rifle en las manos. A través de la ventana llegaba el amenazador estruendo de los tambores por todos lados.

—Creo —dijo Alicia, con un espantoso intento de sonreír—, creo que un ataque de histeria sería un alivio.

Parecía como si lo dijera en serio. Todos nos veíamos muy nerviosos. Tener tambores hostiles tocando a tu alrededor y darte cuenta de que ciento cincuenta millas de jungla se encuentran entre tú y la ayuda más cercana ya es bastante malo en sí mismo. Cuando a eso le agregas que hay escondido en la misma casa contigo una bestia casi humana en su astucia y diabólica en su odio, con el rostro del diablo y la fuerza de siete hombres, la histeria parece excusable. Sin embargo, esta no se liberó, aunque todos nos sentíamos al borde de la histeria por la tensión.

Ese día fue uno de los más terribles que he pasado. No fue que sucediera nada que lo hiciera terrible. La tensión vino del hecho de que no pasó nada. Si la bestia estaba escondida por la casa, no se mostró, no oíamos el crujido de una tabla ni el movimiento de una cortina en la ventana sin darnos la vuelta con un sobresalto, preparados para enfrentar cualquier cosa y disparar vengativamente en una forma horrible y peluda..

La maleza fuera de la casa pareció tomar un aspecto amenazador. La casa estaba construida en una pequeña elevación y veíamos kilómetros por encima de las copas de los árboles, quebradas aquí y allá por lagunas que indicaban la existencia de claros y campos abiertos. Las copas de los árboles bailaban por el calor. El sol caía con feroz intensidad. Ráfagas de viento cálido y húmedo nos azotaban con su bochorno, pero nosotros no prestábamos atención. Y siempre, desde la misteriosa, desconocida e incognoscible jungla que nos rodeaba, los tambores batían, batían y batían incansable y siniestramente.

Cuando uno de nosotros iba a buscar comida para los demás, se iba con una automática en la mano, y los otros dos se preparaban para escuchar en cualquier momento un disparo o el gruñido que significaría la reaparición del gorila. Estábamos doblemente asediados, por los nativos de fuera y por el gorila de dentro. Por miedo a los nativos del monte, nos quedábamos en la casa. Por miedo al gorila de la casa, nos quedábamos en una habitación.

Al anochecer nos relajamos insensiblemente. Nadie podía mantener una atención tan intensa como la que habíamos mantenido durante el día. Al anochecer tomamos una comida incompleta y arrastramos dos catres a una de las habitaciones contiguas a la grande del frente

en la que nos habíamos quedado todo el día. Exploramos la habitación a fondo, y Alicia y la Sra. Braymore entraron para acostarse.

Ninguno de nosotros pensó en quitarnos la ropa. Los tres hombres nos preparamos para una vigilia de toda la noche. Uno de nosotros se mantendría completamente despierto y los otros dos dormirían todo lo que pudieran.

Pasaron largas horas. Estábamos seguros de que en algún momento de la noche aparecería la bestia. Me senté alerta junto a una ventana, con un perro a mis pies, escuchando los sonidos de la noche afuera y el incesante tamborileo que indicaba que los consejos yuyu debatían si los negros estaban lo suficientemente alterados como para intentar un ataque.

Arthur y Evan se reclinaron en sus sillas e intentaron dormitar, pero hubo poco descanso para ninguno de nosotros. No podíamos pensar en nada más que en el animal que estábamos seguros de que nos atacaría durante la noche.

A la una en punto, Evan ocupó mi lugar junto a la ventana con el perro a sus pies. Yo me senté en una de las sillas más cómodas y traté de relajarme, pero fue imposible. De repente noté el abrumador calor y la humedad. Estaba bañado en sudor.

—Tengo que tomar un trago —dije abruptamente—. Lo necesito.

Arthur alzó la vista con cansancio.

—Todos necesitamos un trago —dijo—. Está en la parte trasera de la casa, ¿no?

Nos miramos inseguros.

—Yo iré —dijo Arthur en voz baja.

Yo intervine —Iremos los dos. Aquí en la luz, Evan puede ver para disparar si es necesario. Usaremos una lámpara de flash.

Era curioso que ninguno de los dos quisiera caminar por tres habitaciones y un pasillo dentro de una casa en la que habíamos

estado durante días. Ese animal había inquietado mucho nuestros nervios.

Lenta y cautelosamente nos abrimos paso a través de las oscuras habitaciones, buscando ante nosotros con la luz del flash. No puedo hablar por Arthur, pero mi respiración se aceleraba y lamenté de todo corazón haber expresado mi deseo de beber. Sin embargo, no me iba a echar atrás ahora.

Salimos con cautela y lentitud a la parte trasera de la casa. Yo estaba en el acto de agarrar el sifón de agua mineral cuando escuchamos al perro gemir de dolor y un grito de Evan. Corrimos como locos hacia el frente, con el corazón en la boca y maldiciendo nuestra ausencia en un momento tan crítico. Cuando irrumpimos en la habitación, Evan salía corriendo a la terraza y Alicia estaba a punto de salir de la habitación a la que ella y la señora Braymore se habían retirado. Alicia tenía una automática en la mano y, aunque su rostro estaba lleno de pavor, evidentemente estaba preparada para enfrentar cualquier cosa.

Arthur y yo estuvimos rápidamente al lado de Evan y lo encontramos mirando en la oscuridad, con el rifle medio levantado.

—¿Qué es? —Arthur exigió rápidamente.

La respiración de Evan estaba entre jadeos.—Os oí a los dos moveros —dijo bruscamente, como alguien cuyos nervios están tensos hasta el punto de romperse—. Escuché un ruido proveniente de vuestra dirección. Me volví para mirar hacia la puerta y capté un movimiento en la ventana a mi lado. Me eché hacia atrás y el perro gritó. Un brazo largo y peludo había llegado hasta la ventana y lo había agarrado. Atravesó la ventana antes de que yo pudiera levantar mi rifle, y el brazo desapareció. ¡Es el gorila!

Escuchamos, pero la casa estaba en silencio. Un leve gemido vino del patio y yo apagué la lámpara. El perro, arrojado desde el porche, se movió débilmente y quedó rígido. Tenía el cuello roto. Allí, en la veranda en sombras; con la brillante luna africana brillando despiadadamente sobre la tierra caliente, húmeda y febril; los tres maldecimos nerviosamente mientras estábamos de pie con nuestros rifles apuntando en muchas direcciones, esperando, incluso

rezando para que ese simio monstruoso se precipitara sobre nosotros.

—¡Debe haber ido a alguna parte! —dijo Arthur con desesperación —. ¿Adónde fue la bestia?

—A la casa, no —dijo Evan secamente—. Debajo de la casa, tal vez. Al tejafo, tal vez. Ya veremos.

Mis piernas se arrastraron mientras yo bajaba las escaleras hasta el suelo. La casa estaba levantada del suelo sobre pilotes, y se podía ver claramente debajo de ella. La luna brillaba con blancura y se veían las siluetas de los pilares ante el brillo al otro lado. Media docena de pasos me convencieron de que el animal no estaba debajo. Se habría mostrado como un contorno oscuro. Traté de ver hacia arriba, por encima del tejado, pero no pude. El tejado se inclinaba un poco y yo no podía ver el centro. Además, el hecho de que la casa estuviera en una elevación me impedía dar marcha atrás y tener una vista clara de la cima. Llamé a los otros dos en el porche.

—No está debajo de la casa, pero no puedo ver el tejado. Debe de estar ahí arriba.

Los troncos de los árboles del bosque a nuestro alrededor hicieron eco de mis palabras de manera extraña. Pude ver borrones blancos tenues donde los rostros de los dos hermanos mostraban su posición. Uno de ellos se movió de manera extraña, y en un momento vi que Evan se balanceaba por el pilar ante él. Se agarró al borde del tejado y se irguió. En un segundo volvió a caer. Le habló a Arthur en voz bastante baja, pero yo escuché su voz.

—Está ahí, en cuclillas en el poste de la cresta. ¡Señor! ¡Qué monstruoso es!

—Hay que sacar a las mujeres de la casa —dijo Arthur bruscamente —. Puede romper el tejado y entrar. ¡Alicia!

Ella lo oyó y salió rápidamente, seguida de la Sra. Braymore. Hicimos una pequeña fogata para mantenerlos alejados de los insectos y las sentamos en sillas mientras patrullábamos el área

alrededor de la casa. Los tambores todavía sonaban por todos lados, pero ahora habían sido relegados a una posición menor. Inconscientemente, contàbamos con que seguirían siendo únicamente una amenaza potencial, hasta que se detuvieran o se acercaran más. La luna hacía que el mundo entero reluciera y brillara. Podíamos ver clara y distinguiblemente. Nada del tamaño de un conejo podría escapar por ese tramo de hierba sin que lo viéramos.

Alicia y la Sra. Braymore miraban la franja de la jungla mientras nosotros nos apostamos para que ni un gato pudiera escapar de la casa sin ser visto. Me apoyé en mi rifle cerca de las dos damas, con los ojos fijos en el borde del tejado, esforzándome por vislumbrar a la bestia que estaba allí en cuclillas. Cuando lo pensé, me pareció una estupidez por nuestra parte no haber sospechado antes eso como un escondite. Cierto, estaba a la vista del cielo, pero una bestia lo bastante astuta como para arrastrarse por la casa a medianoche como él había hecho, podría poseer la inteligencia para razonar que allí estaba el escondite ideal para él.

—¿Crees que existe algún peligro real por parte de los nativos? —preguntó Alicia vacilante.

—Cuando los nativos hacen cosas inexplicables, generalmente es yuyu —dije con gravedad—. Y donde hay yuyu suele haber peligro. Sin embargo, hay una cosa que se puede decir. Aunque un nativo hace ruido, rara vez es peligroso en masa. Como señaló Evan, es posible que simplemente se cansen gritando y bailando. Aunque no creo que sea prudente contar con eso.

—¿No sería lo más sabio que se podía hacer tratar de abrirnos paso en secreto a través de la jungla hasta el fuerte más cercano?

—Eso sería imposible —le dije con franqueza—. Tú no conoces la jungla africana. Podríamos recorrer cuatro o cinco millas por día, con suerte. Y en cualquier momento de las veinticuatro horas, los nativos podrían rastrearnos. Tendríamos que crear un nuevo sendero o usar los nativos. Haciendo un nuevo sendero nos seguirían y probablemente nos alcanzarían, además del hecho de que nuestro amigo animal estaría rondando las copas de los árboles en lo alto, esperando un momento en el que uno de nosotros

estuviera desprevenido.

Alicia se estremeció.—¿Pero vosotros tres intentaríais eso si no estuviéramos nosotras aquí? —insistió ella.

—Creo que nosotros entraríamos en uno de esos consejos yuyu —comenté vengativamente—. Sé que con mucho gusto me uniría a una fiesta así. Probablemente apareceríamos tan repentinamente como pudiéramos y comenzaríamos a disparar. Podríamos hacerles huir en estampida, y una muestra de audacia sería nuestra mejor jugada en cualquier caso. Por supuesto, si ellos se abalanzaran conta nosotros, no tendríamos posibilidad.

—¿Te refieres a--?

—Habría cuatrocientos o quinientos, y nosotros podríamos abatir diez o quizás quince cada uno. Nos abrumarían si lo intentaran, pero la psicología probablemente nos haría ganar. El hecho de estar cazándolos a ellos, en lugar de que ellos nos cacen, los asustaría.

—¿No podríais hacer eso ahora?

Negué con la cabeza—. No con nuestro amigo el gorila. Y no os expondríamos a la posibilidad de que fallemos. No quedaría nada para vosotras excepto vuestras propias pistolas.

Alicia recayó en el silencio. Vi su ceño fruncido mientras trataba desesperadamente de elaborar algún plan mediante el cual pudiéramos luchar contra las increíbles circunstancias en las que nos encontrábamos. En lo alto, la luna ancha navegaba serenamente por el cielo, derramando imparcialmente sus rayos sobre nosotros, sobre el simio peludo y bestial que se agazapaba como una criatura demoníaca sobre la cumbrera del tejado, y sobre los gritos y cabriolas negras ante las grandes hogueras que habrían tenido iluminado para sus ceremonias yuyu.

Detrás de nosotros, la ajetreada y secreta vida de los arbustos continuaba: todas las comidas y bebidas y apareamientos y matanzas, todas las comedias y todas las tragedias de la jungla. Las cosas continuaban, sublimemente indiferentes a nuestros pequeños miedos y fantasías. La selva se ocupaba de sus asuntos, ignorando

por igual nuestras tensas actitudes mientras estábamos sentados a la luz de la luna y esperando a que saliera el sol para matar a un simio maligno, y los gritos de autohipnotismo de los negros mientras bailaban alrededor de sus hogueras yuyu operaban en un frenesí de odio contra el hombre blanco.

Por fin, la luna descendió hacia el oeste y las estrellas que habían observado nuestra vigilia con una leve sorpresa parpadeante palidecieron ante los signos del amanecer. El cielo se volvió gris, luego blanco. Un velo alto y pálido ocultó el arco azul profundo de la noche y, lentamente, se volvía amarillo dorado a medida que el sol subía.

La niebla se elevaba desde las copas de los árboles cuando los primeros rayos de la mañana atravesaban la tierra. Nos dimos cuenta de que habíamos tenido frío y que ahora estábamos calientes. Esperamos ansiosos hasta poder ver el tejado de la casa y poder matar con nuestros rifles a la bestia que acechaba allí.

Apenas había llegado la mañana cuando Evan trepó cautelosamente al tejado de las habitaciones de los sirvientes detrás de la casa. Habíamos dejado varios de los perros encerrados en la casa durante la noche. Sabíamos que si la bestia bajaba al lugar, al menos harían un grito antes de que todos murieran. No habían emitido ningún sonido, pero ahora uno o dos de ellos salieron al porche, moviendo el rabo amistosamente.

Evan trepó al tejado de las habitaciones de los sirvientes y Arthur le pasó su rifle. Evan se puso de pie y levantó el arma. Luego se detuvo. Desde el suelo, lo vimos mirando inexpresivamente el tejado de la casa. Desde donde estaba, podía verlo claramente. Su expresión era a la vez asombrada y aprensiva.

La bestia no había salido de la casa o la habríamos visto. No había cruzado el claro. No había entrado en la casa porque los perros no estaban alarmados. No había escapado de su posición sobre el poste de la cumbrera de ninguna manera visible, pero Evan nos lo dijo e inmediatamente verificamos el hecho de que ya no estaba en el tejado. No había escapado a la jungla. No se había escondido en la casa. Sin embargo, ¡el monstruoso simio se había desvanecido!

VI. LA FORMA SIGILOSA

De nuevo registramos la casa de arriba a abajo. De nuevo llevamos a los perros a todos los rincones. Nuevamente olfatearon ansiosamente en el almacén, pero abandonaron la búsqueda después de un rato. En nuestra búsqueda por la mayor parte de la casa, los perros nos habían parecido más aburridos que cualquier otra cosa. Los habíamos llevado hasta el perro que había sido asesinado, antes de intentar entrar en la casa, y olieron su cuello con cautela y retrocedieron con graves gruñidos. Si el gorila hubiera estado en la casa, seguramente lo habrían olido y advertido. La única vez que habían dado alguna indicación de interés, mucho menos de emoción, fue cuando habían olisqueado la puerta del almacén. Una vez dentro, se habían movido sin rumbo fijo.

Debatimos nuestro próximo movimiento. El gorila simplemente no podía estar en la casa. Con su ferocidad, seguramente habría hecho un movimiento para atacar a uno u otro de nosotros durante nuestras búsquedas. Por fin Arthur encontró una señal que nos tranquilizó en cuanto a su ausencia sin disminuir en lo más mínimo el misterio de su vía de escape. Algo lo había llevado a explorar el borde del claro que rodeaba la casa. Se enderezó con un grito.

—¡Mirad aquí!

Corrimos hasta él y miramos donde señalaba. Allí, en la tierra, justo debajo de la rama que sobresalía del primero de los árboles de la jungla, estaban las huellas de unos dedos de los pies extrañamente parecidos a manos.

—Aquí es donde saltó por la rama más baja —dijo Evan emocionado—. ¿Veis?

Directamente encima de nosotros, una rama pesada se extendía desde el tronco del árbol. Evidentemente, el gorila había saltado desde ese lugar. Cómo había corrido por la hierba iluminada por la luna bajo nuestros ojos seguía siendo inexplicable. Sin embargo, pensando en retrospectiva, recordé que una o dos veces volutas de nubes poco frecuentes habían oscurecido temporalmente la luna.

¿Podría haber aprovechado uno de esos momentos de oscuridad? Parecía imposible, pero no se podía dar otra explicación.

Algo tranquilizados, entramos de nuevo a la casa. Aunque uno de nosotros se quedó en la veranda y vigiló para asegurarse de que la bestia no intentara correr audazmente a la luz del día en nuestra fortaleza. Planeamos esa noche atar varios de los perros a los pilones que alzaban la casa del suelo.

Evan estaba en el porche. De repente miró por la ventana.

—Voy a echar un vistazo a las habitaciones de los sirvientes —dijo abruptamente—. Se me acaba de ocurrir que la bestia puede haberse escondido allí y haber huido hacia la jungla desde allí. Eso acortaría la carrera que tendría que hacer.

Él se alejó. Yo volví y traté de ayudar a Alicia a preparar algo de comida para todos. No habíamos comido nada desde la noche anterior y todos estábamos hambrientos. Arthur estaba sentado en la gran sala del frente, con la cabeza enterrada entre las manos, su rifle apoyado en el brazo de su silla. Apoyé mi rifle en la pared y comencé a abrir latas de conservas mientras Alicia se ponía un delantal y, con un aire curiosamente de ama de casa, encendía una lámpara de alcohol y calentaba agua para nuestro té. La Sra. Braymore estaba probando gravemente la mantequilla enlatada y haciendo una mueca irónica. Está algo mala hasta que te acostumbras.

Mientras ella trabajaba, observé a Alicia con aprecio, y muy en el fondo de mi mente surgió un pequeño germen de esperanza. De pronto se me ocurrió que ella nunca había mostrado ese intenso afecto por Arthur que uno espera que muestre una mujer por el hombre con el que se va a casar. Parecía tenerle bastante cariño, pero parecía casi igual de encariñada con Evan. Recordé lo que me habían dicho, que los tres se habían criado juntos cuando eran niños, por lo que eran poco menos que hermanos y hermanas.

Esa era la actitud de Alicia. Trataba a Arthur como a un hermano mayor al que quería inmensamente, pero no lo trataba como a un amante. Era extraño que, con los tambores sonando rítmicamente día y noche en la selva a nuestro alrededor, y en peligro

momentáneo por un gorila monstruoso, me detuviera a pensar en el romance y en los matices de afecto peculiarmente triviales que podía mostrar Alicia.

Ella se volvió y me sonrió en ese momento.

—Pareces una espada —dijo con picardía—, una espada convertida en abrelatas.

La Sra. Braymore se unió a su sonrisa. Supongo que debí de haber tenido un aspecto bastante extraño. Una pesada cartuchera colgaba de mi cintura, y dos automáticas de metal sin brillo estaban insertadas en ella. No me había afeitado durante tres días. Cada momento estaba demasiado lleno de suspenso para permitir pensar en cosas tan pequeñas como afeitarse.

—Bueno —comenté amablemente—, ya que parece que nuestros amigos en el monte van a hacer lo que Evan ha sugerido y gritar hasta el agotamiento sin molestarnos y volver pronto a actividades pacíficas, eso no importa. Una espada sólo es útil en ocasiones, pero un abrelatas nos une con la civilización.

—Me parecería extraño —dijo Alicia— que alguien trajera el correo por la mañana o que usara el teléfono.

—Hay un correo una vez cada dos semanas en Ticao —dije—, pero normalmente son cuatro semanas desde Inglaterra y a menudo seis.

La Sra. Braymore se unió a la conversación.Me gustaría recibir una invitación a tomar el té —dijo con nostalgia—. Me gustaría ir a algún lugar a tomar el té y que la gente hable con interés sobre la poesía y sobre el próximo matrimonio de la hija de alguien, y sobre lo que dijo el cura sobre la posibilidad de reparar la casa parroquial.

Todos nos reímos de la idea. Dejé una de las latas de carne y recogí otra.

—Para mí... —comencé y me detuve en seco, con cada músculo tenso.

En la galería fuera de la casa había oído un sonido, el crujido de una tabla cuando se colocaba con cuidado un gran peso sobre ella.

Había algo infinitamente furtivo en el sonido. Escuché y no oí nada más, pero quedé oprimido por una sensación de peligro. El sonido venía del frente de la casa. Saqué una automática de mi cinturón y se la pasé silenciosamente a Alicia. Ella no había oído nada, pero mi expresión la advirtió y la tomó rápidamente. La Sra. Braymore tomó la otra. Recogí mi rifle de la pared lateral y caminé de puntillas por la casa hacia el frente. Escuché un leve sonido, casi increíble de nuevo, desde el porche. La puerta de la habitación delantera estaba abierta. Me deslicé silenciosamente hasta el umbral.

Arthur lo había oído. Todavía estaba sentado en la silla, pero estaba alerta y listo. Sus ojos estaban fijos en la ventana a unos cinco metros de él y, despacio y con cuidado, apuntó con su rifle. El sol brillaba fuera y golpeaba las cortinas que colgaban dentro. Evan había preparado su casa para las visitas que esperaba, y todas las ventanas tenían cortinas.

Hubo un momento de impresionante suspense. Arthur, todavía sentado por temor al sonido de su creciente alarma por quienquiera o lo que fuese que estuviera fuera, estaba llevando su rifle a su hombro. Yo entré en la habitación y me acerqué a él con mi propio rifle listo. Nuestros ojos estaban fijos en la ventana. Luego, los rayos oblicuos del sol arrojaron una sombra sobre la cortina. La cosa aún no estaba frente a la ventana, pero su sombra se movía ante ella debido a la posición del sol naciente. ¡Vimos, proyectada con perfecta claridad sobre la endeble tela, la silueta de la cabeza del gorila! Sus pequeñas orejas yacían hacia atrás, su mandíbula sobresalía con esa terrible ferocidad de la tribu antropoide, y la vimos mirando de derecha a izquierda con suspicaz astucia. Contuve la respiración, esperando el momento en que pudiéramos disparar.

La cabeza giró bruscamente y creí ver temblar las fosas nasales. Luego, de pronto, se desvaneció y un perro estalló en ladridos frenéticos y aullidos histéricos en la terraza. Tras otro instante, el perro gritó de terror. Hubo un estrépito contra la pared de la casa y los aullidos se convirtieron en gemidos.

Arthur y yo habíamos corrido hacia la puerta y ahora corríamos por la terraza con los corazones latiendo como locos. Uno de los perros se retorcía de dolor en el suelo. Había sido arrojado contra la casa

con una fuerza tremenda y ahora yacía con las costillas y la columna vertebral rotas, agonizando. El gorila había desaparecido.

Evan apareció con su rifle listo, sin aliento.¿Qué pasa? —demandó —. ¿La bestia otra vez?

Arthur maldijo histérico—. ¡La maldita bestia está aquí! —gritó—. ¡Está aquí! ¡Está escondido en algún lugar!

Todos fuimos totalmente imprudentes en esos momentos. Fuimos tras el enorme simio con la temeridad que nos hubiera enfriado la sangre a cualquiera en un momento de sobriedad. Penetramos en todos los rincones de la casa. Repasamos todos los terrenos. Trepamos al tejado y buscamos allí con imprudente indiferencia ante el peligro en el que podríamos estar si localizáramos al animal.

—Creo que estaba escondido en las habitaciones de los sirvientes — dijo Evan con gravedad—. Vi señales de que había estado allí. Debe de haberse vuelto tímido cuando exploré el lugar y probablemente se deslizó hacia la casa para escapar de mí. Aunque no veo por qué no llegó al bosque.

Ninguno de nosotros lo entendía, pero seguimos con nuestra búsqueda como antes. No encontramos absolutamente nada. Por fin nos detuvimos y nos miramos unos a otros.

—Lo habríamos matado en otro momento —dijo Arthur con desesperación—, pero el perro lo vio y gritó. Luego el gorila huyó.

—¿Podría haber llegado al bosque antes de que saliéramos?

—Sólo el cielo lo sabe —dijo Arthur con cansancio—. Empiezo a creer que los nativos lo han embrujado para matarnos a todos.

—¿Cuántos perros nos quedan? —preguntó Evan de repente.

Eran cuatro o cinco de los animales de Evan, y uno o dos de los perros del poblado habían comenzado a merodear por la casa con la esperanza de conseguir comida. No les quedaba nada en la aldea desierta.

—Ataremos a los perros —dijo Evan—. Fijaremos uno en la galería

en la parte delantera y otro en la parte trasera de la casa. Pondremos dos en el piso abajo, atados a los pilones, y dispersaremos los otros en las habitaciones de aquí. Entonces la bestia tendrá que matarlos antes de que pueda llegar y tendremos una advertencia.

Empezamos a improvisar collares para los perros nativos y dispersamos a los demás como Evan había sugerido. Cuando terminamos, por lo que pudimos ver, no había absolutamente ninguna forma de que el gorila emergiera de su escondite, si es que estaba oculto en la casa, sin ser detectado al instante por un perro. Ciertamente, no podría llegar a la casa desde la selva sin ser descubierto y sin que se diera una alarma.

Con un perro en cada habitación, perros en la terraza y otros debajo del edificio, deberíamos habernos sentido seguros, pero no lo hicimos. Había algo extraño en las apariciones y desapariciones del monstruoso simio que nos dejaba aprensivos aun cuando habíamos tomado todas las precauciones posibles para asegurar su descubrimiento instantáneo si hacía otro intento por llegar hasta nosotros.

La pertinacia de la bestia era espantosa. Pensar en un antropoide colosal con la astucia del mismo diablo, la fuerza de siete hombres y todo el odio maligno que poseía, pensar en un animal así acechando en busca de una oportunidad para vengarse de uno de los nuestros era horrible. Y no se detendría con uno de nosotros si más de uno estuviera a su alcance. Una vez en furia asesina, un gorila se vuelve loco de sed de sangre. Arañaría y desgarraría, aplastaría y destruiría por completo.

Antes dstábamos pálidos y nerviosos por la tensión. Ahora seguíamos con algo parecido a la histeria justo debajo de la superficie. ¡No había nada que pudiéramos hacer! Teníamos que esperar a que la bestia reapareciera, sabiendo que, cuando lo hiciera, su llegada sería cautelosa y astuta; su paciencia, infinita; su fuerza, colosal y su odio, diabólico. Uno o todos nosotros podríamos esperar en cualquier instante ser agarrados por un brazo peludo de increíble poder, ver el rostro bestial de ese animal demoníaco haciéndonos una mueca con total malignidad. Y teníamos ante nosotros la imagen de la visión que enfrentaríamos en tal caso. La

imagen tomada de la retina de la chica nativa era una advertencia. Malvados ojillos brillando con fiereza, nariz plana y horrible sobre una boca terrible, entreabierta en una rabia loca, y colmillos descoloridos asomando sobre los labios ennegrecidos.

Cualquier tipo de acción habría sido un alivio. Pasamos la mañana haciendo esfuerzos desesperados por evitar la histeria y conscientes de que, en cualquier momento, cualquiera de nosotros podría quebrarse bajo la tensión.

Llegó el mediodía. Comimos mecánicamente. Evan estaba mejor que el resto de nosotros. Alicia estaba callada y quieta. Solo sus ojos mostraban la tensión que sentía. Todos estábamos en un tono casi insoportable. Curiosamente, en nuestra absorción por la amenaza del gorila, casi habíamos olvidado los tambores que resonaban a cada lado de nosotros desde la jungla. Fue la Sra. Braymore quien llamó nuestra atención sobre ellos.

—Me pregunto ¿qué pasa con los tambores? —dijo con cansancio—. Los llevo notando desde los últimos diez minutos.

Nosotros escuchamos. El ritmo monocorde aún continuaba rodando por el aire caliente del mediodía en amortiguadas ondas de sonido. Los tambores parecían más fuertes que antes.

—Están batiendo más rápido —comentó Evan en un tono de desconcierto—. Iban despacio, ahora son bastante rápidos.

Aunque solo uno de los tambores había acelerado su ritmo. Los demás seguían aporreando monótonamente. Alrededor de las cuatro de la tarde (dejando el tiempo necesario para que un corredor pasara del primer poblado a otro) un segundo tambor comenzó a batir más furiosamente y, poco después del anochecer, un tercero se unió a la trilogía. Nuestros perros se movían inquietos, irritados por estar atados. Todos estábamos cada vez más nerviosos, pero este nuevo peligro tuvo curiosamente el efecto de estabilizarnos.

Esperamos un buen rato, y por fin las dos mujeres se acostaron para intentar descansar. A través de la noche a la luz de la luna, los tambores retumbaban y retumbaban. De pie en la terraza con mi rifle en mis manos, escuché con atención. Vi con cierta inquietud

que la noche amenazaba con nublarse, pero esperaba que los perros avisaran de cualquier posible peligro inminente. Durante una hora me quedé allí mirando y escuchando. No había duda de la nueva nota de los tambores. Significaban resolución, actividad renovada. Débilmente, bajo sus murmullos, capté un ulular agudo y sostenido. Los gritos de los nativos no se habían oído antes. Evidentemente, estaban en perfecto frenesí. Eso significaba que un ataque era inminente.

Arthur salió a la veranda a mi lado. Escuchó mientras yo escuchaba.

—Intentarán atacarnos por la mañana, supongo —comentó con gravedad—. Aunque difícilmente lo intentarán antes del amanecer. A los negros no les gusta la noche.

Uno de los perros atado a un pilote debajo de la casa gruñó débilmente. El perro de la veranda se hizo eco del gruñido. Yo lo miré rápidamente. Se había levantado y estaba tenso, mirando hacia el borde de la selva. Gruñó de nuevo.

Justo en este momento, una de las pequeñas briznas de nube cubrió la luna y dejó en oscuridad el patio. Me acerqué en silencio junto al perro y sentí que se le erizaban los pelos del cuello. Al encontrarlo mirando fijamente en una dirección, forcé la vista tratando de perforar la oscuridad. La nube se adelgazaba un poco y los objetos eran apenas visibles. Vi una forma que se acercaba; lenta y cautelosamente, hacia la casa, una forma que se movía vacilante y furtiva.

Arthur exclamó quedamente—. ¡Murray, es el gorila!

La figura estaba encorvada y era parecida a un simio. Se movió torpemente hacia nosotros. La nube se adelgazó aún más y pudimos distinguir con claridad su ubicación, aunque aún nos era imposible verla.

—Apunta al cuerpo —susurró Arthur.

Alzamos juntos nuestros rifles y apuntamos con cuidado. El rifle de Arthur brilló y el mío un instante después. Oímos un grito ahogado, parecido a una bestia, y la figura se derrumbó y cayó.

VII. UN EXTRAÑO ALIADO

Evan salió corriendo del interior de la casa, rifle en mano.

—¿Qué pasa? ¿Los nativos?

—Tenemos al gorila, creo —dijo Arthur en voz baja.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una luz de flash. Los tres comenzamos a bajar los escalones y nos acercamos cautelosamente a la figura caída. A medida que nos acercábamos, podíamos oírla gemir. Los gemidos eran curiosamente humanos. Miré hacia el cielo. La última brizna de la nube pasaba justo ante la cara de la luna y, cuando miré hacia abajo de nuevo, la figura se perfiló bajo el despiadado resplandor de la luz de luna.

Evan lanzó una exclamación. La figura que gemía no era la del gorila. Era un hombre, un hombre negro, con la piel de simio de un sacerdote yuyu, con todos los amuletos y encantamientos de su vocación atados a él. Evan se adelantó y lanzó una serie de preguntas en el dialecto local. Yo no pude entender una palabra, pero la voz de Evan era severa y enojada. El quejumbroso brujo medicina habló débilmente, con voz cada vez más débil y con palabras interrumpidas por jadeos de dolor. Al final se atragantó, tosió débilmente y se quedó quieto.

Evan se volvió hacia nosotros con gran pasión.

—¡Esos malditos nativos intentarán atacarnos al amanecer! El brujo medicina vino a ponernos un hechizo para que tuvieran éxito. Oh, cuando les ponga las manos a los animales negros...

Estalló en una serie de blasfemias. El dueño de esclavos que había en él había salido primero, y la noticia de que sus negros iban a atacarnos despertó su ira por su presunción más que su temor de que pudieran tener éxito. Agitó la figura muerta con el pie.

—¡Se atreven a amenazarme! —dijo con voz áspera—. ¡Le dispararé a un hombre de cada cuatro! Azotaré al resto hasta que no se

tengan de pie. Yo...

Mi antigua antipatía por el hombre regresó, no podía dudar de su coraje, pero nunca me había gustado particularmente el sistema servicial y, si su esfuerzo no pusiera en peligro la vida de los cuatro, habría tenido los mejores deseos por los nativos en su intento por liberarse.

—Será mejor que decidamos cómo vamos a hacerles frente antes de decidir cómo vamos a castigarlos —comenté—. Nosotros somos tres. Ellos son al menos seiscientos.

Arthur se giró de pronto, sobresaltado.

—Alicia está en la casa —dijo secamente— y la bestia puede volver.

Se dirigió a la casa corriendo. Escuchamos su voz cuando llamó a Alicia y escuchamos la respuesta de ella. Evan y yo lo seguimos más despacio, discutiendo métodos para protegernos contra el ataque que se avecinaba.

—Hay algo —observé pensativamente— con la maleza alrededor del claro llena de nativos, el gorila se mantendrá a una distancia prudencial —como es más probable— o tendrá que abrirse paso para llegar hasta nosotros.

—Quizás —dijo Evan con tristeza, su voz todavía seguía llena de ira hacia los negros—. Nos ocuparemos de él cuando sea necesario. Lo importante es el asedio que tendremos que resistir. Si podemos detener el primer ataque, creo que nos irá bien.

—¿Vamos bien de municiones? —Le pregunté.

El asintió. —Podría equipar un pequeño ejército con mi cofre de armas y tengo municiones para un año.

Subimos los escalones de la casa.

Alicia nos recibió con la cara pálida. —Yo sé disparar —nos dijo a ambos con valentía— y no me importaría disparar contra esta gente.

—Y dispararás —dijo Evan con gravedad—, si consiguen entrar en la casa. De lo contrario, no es necesario. Sabes lo suficiente como para no ser capturada con vida.

—Lo sé —dijo Alicia en voz baja.

La última vez que la vi una hora después o más, estaba revisando el surtido de armas de fuego de Evan, eligiendo un rifle ligero para su propio uso y otro para la señora Braymore. Ella ya tenía una pistola automática de pequeño calibre escondida en el pecho.

Trabajamos durante una hora o más, moviendo los bultos que Evan indicó en el almacén para formar un parapeto detrás del cual las mujeres estarían a salvo de los disparos perdidos. También rompimos una sección del suelo para poder disparar en caso de que alguno de los negros encontrara refugio de nuestras armas debajo de la casa. Las barras clavadas en las aberturas nos proporcionaban la seguridad de que ellos no podrían trepar y de que nosotros no caeríamos accidentalmente. Trajimos provisiones de comida y agua donde estarían al alcance de la mano.

Para los espacios reducidos dependíamos de escopetas de repetición cargadas de perdigones. Tres de nosotros con esas armas deberíamos poder detener a casi cualquier número de negros. Estas yacían muy cerca de nosotros. Además, teníamos nuestros rifles y pistolas.

Los tambores batían como locos ahora. El agudo ulular, la nota combinada de todos los frenéticos gritos, llegaba claramente a nuestros oídos. Cuando terminamos nuestros preparativos, salí a escuchar. Al instante noté que los tambores estaban más cerca, mucho más cerca. Los perros estaban emocionados e inquietos.

—Será mejor que levantemos a los perros del suelo —sugerí—. O los matarán.

Evan bajó silenciosamente y los desató. Estaban gruñendo y erizándose, particularmente los que estaban cerca de la parte de atrás. Parecían darse cuenta de la inminencia del peligro.

Miré mi reloj. Faltaban dos horas para el amanecer. Los tambores se

hacían cada vez más fuertes y los gritos más claros y desafiantes. Por tres lados se acercaban a nosotros los tambores, y por tres lados coros de agudos gritos nos informaban del odio de los negros hacia sus amos. Evan interpretaba mientras captaba algunas de las palabras.

—Dicen que el yuyu ha declarado que nos van a matar —anunció con una leve sonrisa—. Vamos a ser sacrificados y nuestra carne hervida hasta que se pueda recolectar la grasa, que se usará para encender fuego. Los cerdos se alimentarán de nosotros y nuestros huesos se esparcirán entre los sacerdotes yuyu de mil aldeas para llamarlos a la rebelión y matar a todos los hombres blancos.

Los tambores llegaron hasta el borde mismo del claro, y sus voces atronadoras retumbaron con un bramido a todo trapo a través del espacio abierto en un volumen de sonido ensordecedor. A la luz de la luna, percibimos cuerpos más oscuros moviéndose entre los arbustos. Evan vigilaba desde una ventana abierta y, con los labios apretados, disparó. Hubo un grito burlón.

—Dicen que nuestras armas han sido embrujadas para que no podamos hacerles daño —nos informó un segundo después—. Dame una escopeta.

La carga de perdigones dio mejores resultados. Dos o tres chillidos de dolor anunciaron su llegada. Luego, los tambores retumbaron con más fuerza. Evan disparó una vez y otra. Hubo un grito de rabia en el tercer disparo, cuando la voz resonante del enorme tambor se quedó en silencio y se convirtió en una mera sombra de sí mismo.

—Ese intentaba tocar el tambor —comentó—. Fueron traídos desde mil millas tierra adentro, y no hay forma de saber qué precio se pagó por ese.

Los otros dos tambores se apresuraron a cambiar de posición y reanudaron el tamtam del diablo. Envalentonados por la furia del sonido, uno o dos de los espíritus más atrevidos se aventuraron a avanzar un poco en el claro para aullarnos maldiciones.

El rifle de Arthur estalló con rencor, y el mío lo siguió. Dos espíritus audaces dejaron de gritar.

De vez en cuando, cuando veíamos una oportunidad y un objetivo a la luz de la luna, disparábamos vengativamente a la selva, y varias veces chillidos de diferente timbre de los histéricos gritos de los negros seguían nuestros disparos. Una o dos veces, también, tuve esa curiosa sensación certera que sigue a algunos disparos, cuando uno está seguro de haber dado en el blanco, aunque ningún grito me vino para asegurármelo.

Evan disparó una y otra vez con su escopeta pesada, y casi todas las profundas detonaciones iban seguidas de un grito. El alcance era de poco más de cien metros, y la perdigona salvaba esa distancia fácilmente. Extendiéndose como lo hacía, tenía un efecto desalentador.

Nuestro objetivo al tomar la iniciativa era únicamente el de apagar el entusiasmo de los negros. Si se les permitía animarse con gritos, harían una carrera tremendamente formidable, pero si comenzábamos a infligir pérdidas antes de que comenzara su ataque, se les quitaría el filo de su determinación. Ya no creerían en la eficacia de su yuyu para acompañar nuestra destrucción, y tendríamos una fracción de esa superioridad psicológica que el hombre blanco debe poseer para manejar a los nativos, cuya posesión completa permite a un solo blanco asolado por la fiebre someter y gobernar diez mil negros.

Evan hizo un recorrido por la casa para asegurarse de que los nativos fueran igualmente reacios a avanzar por todos lados. Lo oímos disparar dos veces allí atrás, y cada disparo siguió gritos dolorosos. Se reunió con nosotros.

—Voy a estar en la retaguardia —dijo brevemente—. Están en la maleza por todas partes. Los detendré fácilmente. Harán su carrera principal desde este lado, así que vosotros dos permaneced juntos.

La respuesta de Arthur fue un apretón deliberado de su gatillo. Siguió un grito.

—A cien metros —comentó mirando hacia arriba —uno puede practicar bien a la luz de una luna como esta.

—Amanece pronto —dijo Evan y fue una vez más a la parte trasera.

Le oímos acomodarse a las prisas que esperábamos.

Hasta ahora, no había habido más que gritos de los nativos. Sabíamos que tenían algunas armas de fuego, pero la munición es muy valiosa en el monte. Se supone que los nativos no deben tener armas de precisión, y cuando poseen rifles modernos, deben mantenerlos ocultos para que no se los quiten los portugueses; pero de vez en cuando un chico negro se escapa con un rifle y un depósito de proyectiles, y hay otras fuentes de abastecimiento.

Sin embargo, los rifles y las municiones son inmensamente valiosos en la región montañosa. Más allá del País Hambriento, he conocido esclavos vendidos por tres cartuchos de rifle cada uno. De hecho, mi muchacho Mboka (ahora huido al monte con el resto de ellos) me había costado exactamente seis proyectiles de calibre 30. Lo había encontrado esclavo de un corpulento jefe de Kuloga que estaba a punto de venderlo a un árabe mestizo para exportarlo al Sudán.

Yo me había preguntado por qué los sirvientes de la casa no habían limpiado el arcón de las armas al huir en medio de la noche, pero agradecí mi suerte por que no lo hubieran hecho. Media docena de rifles en manos de los negros nos hubieran complicado bien las cosas. En el monte podríamos haberlos ignorado, ya que la costumbre nativa es llenar el cañón con postas y disparar desde la cadera. Toda precisión es imposible para ellos, por supuesto.

Sin embargo, cuando el cielo comenzó a palidecer hacia el este, se mostraron. No menos de seis armas de fuego comenzaron a rugir hacia nosotros, desde una antigua pieza de caza de quién sabe qué antiguo linaje hasta un moderno rifle con cargador de pólvora sin humo. Las balas y los proyectiles atravesaron las endebles paredes de la casa, o bien se incrustaron con un ruido sordo en uno de los postes que sostenían el tejado. Arthur y yo comenzamos a concentrarnos en esas armas. Los brazos de pólvora mostraban su posición en cada fuego a la luz del amanecer ahora creciente, y disparamos vengativamente contra las bocanadas de humo.

El cielo se estaba volviendo más claro ahora. Las estrellas sobre nosotros palidecían y parpadeaban débilmente en un intento de eclipsar al sol. El primer gris tenue se volvió casi blanco. El este pasó de una pálida luminosidad a un rico rosa y luego a oro. El oro,

a su vez, se desvaneció a amarillo, y los primeros rayos del sol golpearon las puntas de los árboles más altos alrededor del claro. El tamborileo se volvió rápido y furioso. Los disparos de las armas en el monte cesaron un momento y comenzaron los gritos salvajes. Oímos a Evan disparar de vez en cuando desde la parte trasera de la casa. Ahora sus disparos eran más rápidos.

Con un grito espantoso, la franja de arbustos que rodeaba la casa hizo erupción de figuras negras. Lanzas antiguas, garrotes de guerra nudosos y fuertes, flechas puntiagudas con ferocidad y ocasionales armas de fuego oxidadas y apreciadas durante mucho tiempo armaban a la abigarrada multitud que corría gritando hacia nosotros.

Arthur dejó caer su rifle y tomó la escopeta de repetición a su lado. Me coloqué junto a una ventana y apunté a la multitud que avanzaba. En tal masa era imposible fallar, y el perdigón era mortal. Si hubiéramos tenido escopetas recortadas, las cargas se habrían extendido más e infligido más daño, pero tal como estaban las cosas, simplemente teníamos que apretar los gatillos para ver una o más figuras arrugarse o girar a medias y caer. En su estado de frenesí, eso no detenía a los negros.

El arma de Evan resonaba desde la parte trasera de la casa. El arma de Arthur habló con un rugido demoledor. La mía ladró airadamente. Los tambores en el monte retumbaban a un ritmo loco que hacía del universo un lugar de sonido insoportable. Los gritos, los disparos, los chillidos y el estruendo de los tambores creaban un alboroto en el que yo cargaba mi arma y la vaciaba con una curiosa sensación de desapego. Alicia y la Sra. Braymore estaban detrás del parapeto que les habíamos hecho. No puedo hablar por la Sra. Braymore, pero miré una vez a Alicia y la vi sosteniendo su rifle liviano con gravedad, preparada.

Entraron los negros. Las pérdidas que infligimos pasaron desapercibidas. Subían en tropel la colina sobre la que se había construido la casa. Les hacíamos un gran daño, pero por el peso del número, sus bajas parecían insignificantes. Sus gritos eran ensordecedores mientras recorrían los últimos veinte metros. Vacié mi escopeta y comencé a usar mis dos automáticas.

Una masa de humanidad negra fluyó por los escalones, aunque una brecha en el arroyo se ensanchó un momento cuando Arthur vertió los últimos cartuchos de su escopeta en ellos. Treparon los pilares que sostenían la galería y se dirigieron a las ventanas.

A esa distancia, apenas tres metros, no podíamos fallar. La veranda era un caos. No podrían sobrevivir allí. Arthur y yo, con una automática en cada mano, recorrimos el lugar. Escuché un disparo y un grito detrás de mí. Una de las aberturas en el suelo mostraba el cañón de un antiguo mosquete que estaba cayendo hacia atrás. Alicia había disparado por la abertura y, sin duda, me había salvado la vida. El mosquete apuntaba directamente a mi espalda y me habría arrancado la cabeza del cuerpo.

Se oyó un estruendo y un antiguo trabuco apareció por un agujero hecho añicos en la endeble pared lateral de la casa. Arthur disparó rápidamente. Entonces oí a Evan gritar en la parte trasera de la casa. Antes de que pudiéramos movernos, hubo un estallido de demoníacos y bestiales gritos de rabia. Para alguien que alguna vez había oído ese sonido, el ruido era inconfundible. El gorila había aparecido con una furia asesina y se dirigía hacia los negros, como atestiguaba su pánico. En un momento, el claro estaba salpicado de nativos que corrían. Se atrevían a enfrentarse a nuestras armas, pero al gorila...

El rifle de Evan quedó en silencio. Hubo un instante de calma casi insoportable. Luego llegó un grito triunfante y horrible de la bestia. Había matado.

VIII. DESENMASCARADO

El silencio era mortal. Donde cinco minutos antes había bramado el grito de los nativos y el rugir de los tambores, los fuertes estallidos de nuestros rifles y el bramido de las armas de fuego nativas, ahora no se oía ni un sonido.

Arthur y yo, conmovidos por lo repentino de la transición, esperamos con fría aprensión. ¿Se abriría la puerta de la parte trasera de la casa y la entraría furiosa en la habitación la peluda bestia peluda, aplastando con sus colosales brazos todo lo que pudiera tener a su alcance? ¿Nosotros, los cuatro en esa única habitación, dispararíamos inútilmente en su pecho de tonel y seríamos luego desgarrados y destrozados entre los brazos peludos del enorme simio, mientras sus grandes y descoloridos colmillos se hundían en nuestra carne?

La quietud se interrumpió por un sonido débil, y nosotros temblamos, agarramos nuestros rifles con más fuerza. La tensión era tremenda. Otro sonido débil, un sonido de arañazos. Luego, dos o tres tintineos débiles, seguidos de un paso dudoso y vacilante, y un segundo. Oímos la voz de Evan, apenas por encima de un susurro, murmurando imprecaciones atormentadas por el dolor.

La puerta se abrió lentamente y él entró en la habitación cojeando débilmente. Su ropa estaba rota y ensangrentada. Sangre goteaba de un corte profundo en el dorso de su mano. Nos miró con incertidumbre, y una expresión de alivio apareció en su rostro.

—Bueno —dijo lentamente—. Se han ido.

Alicia, por primera vez, cedió. Estalló en sollozos, contra los que luchaba valientemente.

—¡El gorila! —Espeté, temeroso de que yo también cediera.

Evan negó con la cabeza. —Los negros se habían acercado y llenado las habitaciones de los criados durante la noche. Supongo que por eso los perros estaban inquietos. Cuando se apresuraron, salieron

corriendo de allí y no pude detenerlos. Estaban dentro, y a punto de desaparecer cuando apareció el gorila de la nada. Me atrevería a decir que grité, y luego la bestia se dirigió hacia los negros. Supongo que estaba tan asustada como ellos, pero cargó contra ellos, gritando de rabia, y salieron corriendo. Atrapó a uno. El pobre diablo está ahí fuera ahora. A mí me habían derribado y uno de los negros estaba a punto de acabar conmigo cuando apareció el bruto.

—¿Donde esta ahora?

Evan volvió a negar con la cabeza. —No sé adónde fue. Iba a por los negros.

Alicia se metió el pañuelo en la boca y trató desesperadamente de controlarse de nuevo.

—Iremos nosotros a mirar la parte de atrás —dijo Arthur con gravedad—. Tú quédate aquí, Evan.

Salimos con cautela hacia la parte trasera. Allí yacía uno de los nativos con el cuello roto y una expresión de infinito horror en el rostro. Otros yacían en actitudes retorcidas sobre el lugar, las heridas abiertas de los perdigones a quemarropa mostraban cuán desesperadamente había luchado Evan. Del gorila no había ni rastro. Registramos el lugar a fondo, pero no encontramos nada.

Regresamos con los demás, un curioso letargo se apoderó de nosotros. Habíamos estado en una tensión tan alta durante tanto tiempo que era imposible mantener el tono. Yo, por mi parte, sentía un deseo casi abrumador de dormir. Alicia ya había recuperado la compostura y trataba de vendarle la mano a Evan. Él se estaba sometiendo con indiferencia, pero después de que ella hubo terminado, lo miró y se quitó el vendaje, sustituyendo una simple tira de adhesivo por las muchas vueltas de la tela.

—Así puedo manejar el rifle —dijo él con voz apagada.

La Sra. Braymore preparó café y lo bebimos en silencio. En ese momento, Arthur indicó a las mujeres que salieran de la habitación y comenzó a tirar de los cuerpos que yacían en el suelo. Nos resultaba absurdo pensar siquiera intentar enterrarlos. Los arrastró

hasta el borde de la veranda y los dejó caer por el borde al suelo. Se movía con brusquedad, casi como un hombre dormido.

—No hay necesidad de hacer eso —dijo Evan de repente un poco más tarde.

Arthur se detuvo y lo miró inquisitivamente.

—Tendremos que partir hacia la costa —explicó Evan sin interés—. No podemos aguantar aquí. Los nativos no nos molestarán ahora. Se les han acabado las ganas de pelea.

—Pero ¿el gorila?

—Hay que arriesgarse —dijo Evan lentamente—. No hay nada más que hacer.

—Nos alcanzará dentro de las primeras diez millas —comenté hablando con dificultad debido al peculiar letargo que nos afectaba a todos—. Ya viste cómo siguió a Arthur.

Hubo un momento de silencio, luego Arthur reanudó automáticamente su tarea. Alicia entró en la habitación y silenciosamente nos dio algo de comer. Arthur se detuvo en silencio y comenzó a masticar su comida, olvidándose del espantoso trabajo que había estado realizando un momento antes.

—No podemos empezar hoy de todos modos —dijo después de un rato—. Tenemos que descansar. Todos estamos en mal estado y tenemos dos semanas de viaje antes de llegar a la casa de otro hombre blanco.

Evan respondió algo, pero no lo entendí. Me quedé dormido con la comida en las manos y dormí como un muerto durante horas. Alicia me despertó al mediodía para volver a comer.

Todo ese día estuvimos poseídos por una peculiar indiferencia, fruto de la reacción a la tensión que habíamos vivido durante tantos días. Me desperté sobresaltado a las tres en punto, oyendo ladrar a los perros. Evan entró lentamente en la habitación.

—Dejé sueltos a los perros —dijo, notando mi expresión—. Estaban

gimoteando.

—Los necesitaremos esta noche, en caso de que la bestia regrese —Me levanté con rigidez y volví a mojarme la cabeza con agua. Me despertó un poco y, después de una taza de café, me uní a los otros dos. Todos estábamos lánguidos y cansados, pero ahora completamente despiertos.

—Por supuesto que no podemos quedarnos aquí —admitió Arthur —, pero no tendríamos una oportunidad entre cien de atravesar la jungla con ese simio siguiéndonos. Ya has visto cómo se las arregló para llegar a la casa.

—Me imaginé —dijo Evan pensativo— que estaba en el borde de los arbustos y que, cuando los tambores comenzaron a acercarse por tres lados, salió y se escondió aquí dentro o alrededor de la casa. Se había escondido aquí antes.

—Probablemente —coincidió Arthur—. Pero eso no dice cómo vamos a eludirlo durante un viaje de ciento cincuenta millas sin porteadores.

Evan extendió las manos. —Pero ¿qué vamos a hacer? —Me apeló —. ¿Qué piensas tú, Murray?

—Si nos quedamos aquí —razoné— o lo atrapamos o nos atrapará. Si nos vamos, probablemente atrapará a uno o a más y podemos atraparlo. Pero no podemos quedarnos. Aquí. Lo único que se me ocurre es que será mejor que intentemos buscarlo esta noche. Con los perros para advertirnos, tendremos más posibilidades que antes. Si no viene esta noche, lo intentaremos mañana por la noche. Aguantemos aquí todo el tiempo que nos atrevamos y luego, si es necesario, intentemos el camino. Si pudiéramos encontrar una caravana que venga del País Hambriento, ahora...

Evan negó con la cabeza. —No he sido muy hospitalario con los comerciantes portugueses —comentó—. Me roban los esclavos y los venden en Ticao. Ya no desvían el camino principal de esclavos hacia mis aldeas.

Estuvimos en silencio durante un rato.

—¿Queda a poca distancia alguna de las barricadas restantes? —preguntó Arthur—. Podríamos llegar a una de ellas y esperar a que llegue una caravana.

De vez en cuando, a lo largo del gran camino de los esclavos desde el interior, te encontrabas grandes recintos hechos con troncos de árboles y llenos de cabañas de pasto. Originalmente se construyen para los lugares de parada de las caravanas que suben y bajan desde más allá del País Hambriento. Por supuesto, están en mal estado debido a los ataques de insectos y la podredumbre de la madera muerta en ese clima, pero los porteadores se sienten más seguros en ellos después del anochecer, y los traficantes de esclavos los encuentran convenientes para evitar posibles intentos de escapar de los reclutas de mano de obra voluntaria que escoltan a la costa desde la parte del bosque.

—Podríamos intentarlo —dije dubitativohacia la parte del bosque. Francamente, creo que la bestia tendría tantas oportunidades con nosotros allí como aquí. Aunque si pasáramos en una caravana de inmediato, ayudaría.

—¿Por qué la maldita bestia no desaparece? —Arthur nos miró con algo de terror en sus ojos—. Le disparé a su compañera a cuatrocientas millas de distancia, en el Kongo. Me siguió esas cuatrocientas millas, haciendo un intento tras otro. Lo herí una vez y conseguí un buen tiro dos semanas antes de que Murray trajera a Alicia y a la Sra. Braymore aquí. Pensé que lo había matado entonces. Se fue a través de los árboles como si estuviera gravemente herido. Yo estaba seguro de que estaba muerto.

Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación con nerviosismo.

—Nunca había encontrado uno tan lejos de Kongo —le dije en un intento de animarlo—. Ya sabes lo que son los animales. Se ciñen a una cosa durante un período de tiempo asombroso y luego la dejan de repente. Puede que sienta un poco de nostalgia cualquier día y se vuelva hacia el norte.

—¡Ojalá lo hiciera! —Estalló Arthur—. Estoy empezando a sentir que todavía me va a atrapar. Algo me dice que me va a atrapar.

—Tonterías —dijo Evan con entusiasmo—. Contrólate, viejo.

—Si me mata —murmuró Arthur malhumorado—, quedaría satisfecho. Es a mí a quien busca. Si me mata, podría marcharse y dejaros al resto en paz.

—No seas idiota, Arthur —le dije bruscamente—. La bestia no sabe distinguir entre hombres blancos. Sería igual de apta para tratar de eliminarnos a todos, y tengo una fuerte objeción a que me eliminen.

Arthur salió a la veranda y se quedó allí, apoyado en el lateral de la casa y mirando malhumorado hacia la selva. Evan me miró significativamente.

—Nervios —dijo en voz baja—. Yo siento lo mismo, pero intento no demostrarlo. Iré a reunir a los perros. Tengo la sensación de que va a pasar algo esta noche.

Yo salí a la parte de atrás. Alicia me vio pasar por la puerta y se unió a mí, dejando atrás a la Sra. Braymore.

—¿Habéis decidido el curso de acción? —preguntó en voz baja—. Sabes que ambas estamos dispuestas a hacer cualquier cosa que creáis prudente. No debéis reprimiros por temor a que no podamos soportar las dificultades.

Negué con la cabeza. —Lo único que podemos hacer —dije con cansancio— es esperar que la bestia aparezca esta noche y la matemos.

Alicia extendió la mano y la dejó reposar sobre mi hombro con aire de camaradería.

—Por favor, no te desanimes —dijo con urgencia—. Hemos resistido mucho, seguro que podemos aguantar un poco más.

Traté de sonreír. —Aguantaremos. Esto debe de ser mucho más difícil para ti y para la Sra. Braymore.

—No te preocupes por nosotras.— Alicia negó con la cabeza decididamente—. Es la espera a que venga la bestia lo que te preocupa. Nos estamos acostumbrando a visiones espeluznantes,

pero nunca te acostumbras a la espera. Bueno, yo la tengo para poder mirar a esos pobres nativos y ni siquiera temblar.

Mis ojos siguieron su mirada. Sonreí con ironía. —No me es agradable mirar a ese nativo en particular —comenté—. Él era uno de mis portadores. Lo compré y lo liberé cuando iba a ser usado como alimento para una tribu en el interior. Todos mis muchachos se unieron a los negros de Evan.

Alicia me miró con sus grandes ojos.—Vamos a hablar con Arthur —dijo de repente—. Necesita que lo animen tanto como tú.

La veranda de la casa la rodeaba por completo. Arthur, cuando lo vi, estaba apoyado en la pared frente a la puerta principal. Alicia y yo caminamos por el exterior.

—No te he dado las gracias por ese disparo desde el agujero en el piso —comencé, luego rápidamente golpeé con la mano la pistola en mi cinturón.

¡Desde el interior de la casa había llegado un gruñido! Antes de que yo pudiera dar otro paso, escuché un extraño jadeo y un crujido repugnante. En un segundo había dado la vuelta a la esquina de la casa, corriendo como loco, con la automática en la mano. Arthur estaba apoyado en la pared cerca de una de las ventanas. Ahora se desplomaba flácido en el suelo mientras las cortinas tras él seguían ondeando donde los brazos que le habían roto el cuello se habían retirado. Corrí a través de la puerta, absolutamente desesperado y completamente imprudente. Una forma oscura saltaba por el pasillo que conducía a la parte trasera. Un grito de miedo salió de la habitación en la que habían dejado a la señora Braymore. Corrí por el pasillo, furioso y desesperado, escuché una puerta cerrarse de golpe, ¡la puerta del almacén! Me acerqué, tropecé y caí a cuatro patas en la habitación.

¡Evan Graham estaba en la habitación, tratando de meter algo peludo en una caja abierta! Cuando me tendí en el suelo, se dio la vuelta y me vio. De sus labios salió el mismo gruñido que yo había oído cinco segundos antes. ¡Y levantó su pistola automática y disparó!

IX. EL GRITO DEL GORILA

Volví lentamente a la conciencia, sintiéndome débil y mareado. Intenté moverme y descubrí que no podía. Abrí los ojos. A pesar de la creciente oscuridad, descubrí que estaba sentado en una silla en la gran sala de la casa. Un segundo intento de moverme reveló el hecho de que estaba bien atado.

Alicia me miraba atónita desde la silla de enfrente, y la señora Braymore estaba sentada en un rincón, con el rostro pálido y serio y los ojos llenos de horror. Evan estaba de pie a sus anchas junto a la puerta, fumando con evidente placer.

En una de sus manos sostenía un objeto peludo que, durante unos segundos, retuvo débilmente mi medio enfocada atención. Era un objeto parecido a una bolsa, que sin embargo parecía contener un marco. Aún sin despertar a la plena conciencia, vi que era extrañamente animal. Era una máscara con la perfecta y horrible semejanza de un gorila.

Evan se volvió y vio que mis ojos se abrían.Bueno, Murray, viejo amigo —dijo amablemente—. Me atrapaste, ¿no?

Mi garganta estaba rasposa y reseca, y me dolía abominablemente el hombro. —¿Que diablos? —Croé débilmente.

—Dale un poco de agua, Alicia —dijo Evan alegremente —Está sediento.

Alicia me dio agua. —Tiene mi pistola —me susurró desesperada mientras se inclinaba sobre mí.

La plena conciencia regresó con una sacudida. Evan me había disparado. Evan me había gruñido mientras disparaba. ¡Evan! ¡Porque Evan debía de haber matado a Arthur! Él sonrió con aprobación cuando me vio enderezarme en un esfuerzo instintivo por romper mis ataduras.

—Ah, te sientes mejor —comentó—. Lamento que me hayas

atrapado. Me hubiera gustado llevarte de regreso a Ticao y oírte contar la historia de todo nuestro trabajo de esta semana. Siempre fuiste muy bueno para contar historias, Murray.

Dio una lujosa calada a su puro y miró la creciente oscuridad del exterior.

—Eres un conocedor de historias, Murray, así que creo que te contaré una. Me voy a poner en contacto con mis nativos dentro de un rato, tan pronto como oscurezca, pero tengo algunos minutos de sobra y bien podría ser agradable durante ese rato. Me temo que tendré que ser desagradable más adelante, ya sabes.

—No lo sabía.

Nunca he visto que perder la cabeza sea una ventaja bajo ninguna circunstancia, así que me preparé para hacer un esfuerzo por conservar la mía. Evan agitó la mano alegremente.

—Oh, voy a enfrentar la desagradable necesidad de deshacerme de ti y de la Sra. Braymore. Nadie podría arrepentirse más que yo, pero la necesidad está ahí. Verás, yo era el gorila—. Señaló la máscara de gorila—. Y no sería bueno para ti contar esa historia.

—Puedo creerlo —admití. Me daba vueltas la cabeza, pero traté de seguir lo que decía con la esperanza de encontrar algo en ello para mi propio beneficio.

—Entenderás, por supuesto —dijo Evan alegremente— que no quiero decir que yo era la bestia a la que Arthur disparó tan desconsideradamente, ni la que persiguió a su caravana desde el Kongo. Ese era otro gorila. En suma. Yo solo soy quien andaba por la casa. Arthur le disparó al otro dos semanas antes de que llegaras. Se escapó, pero debió de haberlo herido de muerte. De lo contrario, habría aparecido mucho antes. Admito que al principio estaba un poco nervioso por el animal, pero pronto me di cuenta de que debía de estar muerto. Sin embargo, me encargué de que Arthur no estuviera igualmente convencido. Ya había hecho más o menos un plan sobre mis esclavos.

—No —dije algo débilmente. Había perdido mucha sangre.

—Estuve dando vueltas por la costa oeste durante bastante tiempo antes de venir aquí —Evan se detuvo y acercó una silla. Se sentó cómodamente—. Había aprendido el secreto de controlar a los nativos. Como sabes, ese secreto es el miedo. Sabía que si podía conseguir, digamos, que una aldea llena de ellos me temiera por completo, serían a todos los efectos prácticos mis esclavos. Medio asustarlos tendría la desventaja de no asustarlos demasiado para que convocaran el yuyu y se deshicieran de mí. Y el yuyu, invocado contra un hombre blanco, significa veneno. La solución obvia era asustarlos por medio del mismo yuyu que usarían en mi contra.

—¿Veneno? —Le pregunté. Me daba vueltas la cabeza, pero traté de no mostrarlo.

—No.— Evan dio una calada casualmente a su puro—. El veneno sería el resultado del yuyu. Yo fui a la fuente. Los nativos de Kongo tienen un miedo mortal a los gorilas, pero a poca distancia del país de los gorilas, los nativos les temen mucho más que donde la familiaridad, si no desprecio, ha tenido tiempo de reproducirse, al menos en alguna medida de costumbre. Los nativos de aquí les tendrían un miedo horrible. Hice mis preparativos en consecuencia. Habiendo sobornado a su excelencia el gobernador colonial, y habiendo hecho esta máscara y aprendido a imitar en un grado considerable de perfección los gritos de las bestias, vine aquí. ¿Has visto mi máscara?

Me la tendió para que la viera, llegando incluso a encender una luz para que pudiera examinarla mejor. La sostuvo ante mis ojos y la giró. Era un trabajo increíblemente perfecto, tal vez más grande de lo que sería el cráneo normal de una de las bestias. A pesar de su tamaño, sus cráneos son comparativamente pequeños. Era realista hasta un grado sorprendente. Las orejas repulsivamente humanas, y sin embargo inhumanas, sobresalían del cráneo. La mandíbula sobresalía de una manera verdaderamente simiesca, y los labios negros y apelmazados se apartaban de los colmillos descoloridos en una mueca de ferocidad casi inimaginable. Las anchas y chatas fosas nasales anchas estaban dilatadas de rabia, y los orificios para los ojos de la máscara se hundían profundamente por debajo de la frente baja y escamosa. Si unos ojos pequeños y brillantes hubieran brillado malignamente desde esos hoyos vacíos, me habría sentido

tentado a creer que ante mí había una bestia viva.

—Buen trabajo, ¿no? —preguntó Evan—. Salí de aquí con mis cuatro supervisores, entré en la aldea y me metamorfoseé ante los ojos de los aldeanos en un gorila vestido como un hombre, que en un momento habló con la voz de un hombre, ordenándoles obedecer, y el luego les grité con el tono de uno de los monstruosos simios que tanto temían. Yo mismo construí esta casa, exigí tributo de cauchos y productos agrícolas, comencé una casita yuyu en un pequeño claro, y, en un par de semanas, me había establecido como una deidad, exigiendo ser adorado y pagado en sacrificios, exigiendo todo tipo de tributos, etc. Muy provechoso, te lo aseguro.

—Pronto creyeron que podía convertirme en gorila a voluntad y me respetaron inmensamente. Me ocupé de darles algunos sustos. En Japón, hace algunos años, aprendí un pequeño y muy elemental truco de jujutsu que requiere muy poca fuerza para romper el cuello de un hombre. Unos cuantos cuellos rotos, algunos gruñidos, un gruñido de rabia, y no pensarían en traicionar mi voluntad más de lo que pensarían en saltar al fuego del infierno.

—Atacaron la casa —comenté tratando por la espalda de liberar una de las manos de las ataduras que la sujetaban.

—Sufrirán por eso —Evan estaba sonriendo, pero había algo en su tono que me hizo sentir un poco frío—. Sufrirán por eso. Les dije a mis sacerdotes yuyu que se llevaran a la gente al bosque y los mantuvieran ocupados con un consejo yuyu hasta que terminara mis asuntos con vosotros. Obligaron a tus muchachos a ir con ellos. fuera de control, eso es todo. El brujo medicina al que tú y Arthur dispasteis venía a decirme que estaban fuera de control. Si hubiera ido y aparecido entre ellos, con mi máscara de gorila, y les hubiera gruñido una vez, habrían sido como corderos. Pero no podría alejarme de vosotros sin hacerlos sospechar.

—¿Pero cuál era el objeto de todo esto? —Exigí. Me había resultado imposible liberar ni siquiera una mano.

—Arthur era mi hermano mayor —dijo Evan amablemente—. En consecuencia, siendo inglés, tenía todo el dinero de la familia. No me gusta el África Occidental. Si me deshacía de Arthur, podía

volver a Inglaterra y vivir con algo de comodidad. Pensé en dispararle y darlo por un accidente, pero la gente habla, ya sabes. Cuando vino aquí con su historia de ser seguido por un gorila, vi las posibilidades. Cuando supe que os acercábais, vi que tendría testigos. Mi idea era convenceros de la presencia de un gorila, romperle el cuello a Arthur precisamente como lo hice esta tarde, y regresar a Inglaterra. Pensé que podría consolar a Alicia, a tiempo.

Alicia se estremeció. Evan le sonrió.

—Te consolaré, Alicia, pero pronto. Mi gente volverá, Murray y tu estimable acompañante serán eliminados, y tú y yo escaparemos precariamente a Ticao contando la historia de la fuga por los pelos durante el levantamiento de mis nativos y durante el viaje.

—¡Nunca! —dijo Alicia desesperada.

—Oh si —Evan fue cortés, pero había una determinación malvada en su tono—. Nunca te interesaste mucho por Arthur, y es más, sospecho que estás enamorada de Murray. Harás lo que te diga por su bien.

Había un mudo interrogante en mi expresión.

—No para salvar tu vida, por supuesto, Murray —se apresuró a asegurarme Evan—. En realidad no puedo permitir que cuentes historias sobre lo sucedido aquí. Será agradable asegurarse de que te vayas de esta vida, eh... cómodamente.

Alicia me miró desesperada.

Evan miró por la ventana. —No es hora de que empiece todavía —comentó—. Tendrán que bajar y adorarme cuando yo aparezca en este pequeño arreglo—. Señaló la máscara de cabeza de gorila que tenía en la mano—. ¿Hay algo que no te quede claro?

—Nada me queda claro —dije.

—Empezaré por el principio, a tu manera. Veamos. Biheta. ¿Recuerdas que estabas aquí la noche en que la instalaron en la casa? Uno de mis sirvientes había sido insolente. Envié un mensaje al poblado de que Biheta debía ser enviada aquí para ocupar el

lugar del otro. Estaba asustada, y la ceremonia yuyu que viste fue con el propósito de animarla para la hora en que pasaría cerca de mi divina persona. Cuando los otros sirvientes se fueron a mi orden, ella fue demasiado estúpida para irse con ellos. De todos modos, estaba perpetuamente asustada. Verás, me vio deshacerme del sirviente que había sido insolente. El jujutsu es útil. Te mostraré cómo romper un cuello —Empezó a levantarse, luego se hundió en su silla—. Ahora que lo pienso, necesito que convenzas a Alicia de que es mejor que haga lo que le digo. Dejarás esta vida mañana. Como estaba diciendo, Biheta se quedó cuando debería haberse marchado con los demás. Entonces, en medio de la noche, mientras estaba de guardia, entré en su habitación con mi máscara. Hice un ruido, ella se despertó, me vio, y eso fue todo. La fotografía de la retina de su ojo mostró el rostro de esta máscara. Una idea bastante inteligente, ¿no crees?

—Mucho —admití.

—Gracias —Evan sonrió sarcásticamente—. Bueno, Arthur imaginó haber oído a la bestia siguiéndolo a través de los árboles. No disparó a nada, cuando tú y él bajasteis a explorar el pueblo. Mi propio "encuentro con el animal cuando salí a la jungla solo fue puramente imaginario. Me arañé la cara y parloteé como el gorila. Así...

Emitió una sucesión de sonidos increíbles, tan bestiales y feroces en sus tonos que apenas podía creer que no fuera un animal quien los pronunciaba. Afuera se oyó un eco peculiar desde la selva.

—Los perros estaban emocionados en el almacén —continuó Evan con tranquilidad— porque podían oler el pelaje de la máscara que yo guardaba en una pequeña caja allí dentro. Cuando conté la loca historia de un brazo peludo asomándose por la ventana y arrastrando al perro fuera, para arrojarlo con el cuello roto al patio, no necesito decir que yo había cometido la matanza. Y "ver" al gorila en el tejado fue una ficción más. Por supuesto, él no estaba allí al amanecer. Me reí de vosotros toda la noche, mientras patrullábamos el patio. La silueta de la cabeza del gorila que vosotros dos visteis en la cortina de la ventana era la sombra del humilde sirviente. Había decidido que la obra había llegado lejos. La presencia del gorila había sido probada. Vosotros tres, mi

público actual, corroboraríais mi historia de que el gorila mató a Arthur. Yo estaba en camino de romperle el cuello. Casi me atrapas esa vez, y tuve que matar al perro para escapar. Entonces los nativos se salieron de control. Podría haberlos detenido con una simple aparición, pero vosotros me habríais echado de menos. Esperé hasta que estuvieron cerca de la casa, luego salí corriendo con mi máscara, gruñendo y enfureciéndolos, y huyeron corriendo. Después de eso escondí la máscara rápidamente y fingí que me habían derribado. En realidad fue muy simple. Con los nativos tranquilos durante unos días, simplemente llevé a cabo mis planes para deshacerme de Arthur. Lo siento, tendré que apartaros a los dos, pero Arthur está muerto, yo soy su heredero, me casaré con Alicia y me convertiré en un caballero de la campiña inglesa, y no puedo dejaros a los dos. La gente habla.

—Nunca te atreverás a llevarme a Inglaterra —dijo Alicia desesperadamente pálida.

—Te casarás conmigo, Alicia —dijo Evan con frialdad—. No te separarás. Cuando veas los preparativos que harán mis nativos para el entretenimiento de Murray y la señora Braymore, jurarás cualquier cosa y te casarás conmigo cuando lleguemos a Ticao. También contarás la historia de un levantamiento de esclavos. No sabes todo lo que se le puede hacer a Murray, y se hará antes de que muera a menos que hagas lo que te digo.

Alicia se humedeció los labios. La vi entrecerrar los ojos.

Evan se rió.—Ya es hora de que llame a mis nativos. Esta será nuestra noche de bodas, Alicia. Uno de los brujos medicina locales nos casará, y la ceremonia se repetirá cuando lleguemos a Ticao. Murray y la Sra. Braymore estarán vivos hasta mañana para que no te niegues a seguir adelante con la ceremonia. Si dudas, me atrevería a decir que podré tomar la decisión por ti. Lástima que tenga que matar a los otros dos —se acercó a la puerta—. Llamaré a mis nativos. Volverán a oír al gorila.

Abrió los labios burlonamente y de ellos emitió un grito extraño, que yo ya había escuchado una vez. Era el desafío de la batalla de un simio toro. Y ... ¡buen cielo! ¡Fue respondido!

Hubo un gruñido detrás de él. Se volvió con un grito ahogado. Allí, en la galería, saltando hacia él, vio, no a un hombre blanco disfrazado haciéndose pasar por un dios de la jungla, sino a un gorila colosal en realidad, rechinando los dientes de rabia y con sus enormes y peludos brazos extendidos.

Recordaré el chillido de Evan cuando la bestia se apoderó de él, hasta el final de mis días. A veces, incluso ahora, me pongo en marcha a medianoche con ese eco en mis oídos. Por un instante, las dos figuras se perfilaron ante la tenue luz del cielo. Luego, los feroces colmillos se hundieron en la garganta de Evan y la bestia saltó torpemente hasta el suelo, llevando el cuerpo que aún se debatía en sus brazos inmensamente musculosos.

Oímos los sonidos del patio, sonidos cuyo significado no deseo adivinar. Y entonces nuestros oídos resonaron con el grito horrible, increíble y aterrador de un gorila que ha hecho una matanza.

X. EN CASA DE LOS PADRES

Pasamos la noche de alguna manera. Alicia, medio muerta de terror, se las arregló torpemente para liberarme, pero como yo estaba débil por la pérdida de sangre, no nos atrevimos a intentar nada esa noche.

Por la mañana, el gran simio se había ido. Bien podría decir ahora que creo que era el mismo animal que había seguido a Arthur, y que Arthur había herido gravemente unas dos semanas antes de nuestra llegada.

Durante tres semanas se había mantenido escondido mientras la herida sanaba, y luego volvió con cautela hacia la casa. Escuchó los primeros gritos de bestia de Evan, y su respuesta fue probablemente el extraño eco que creí oír desde la selva. Avanzó sigiloso y, cuando Evan pronunció burlonamente el grito de desafío de los monstruosos antropoides, se lanzó al ataque.

Por limitada que sea la inteligencia de las criaturas, no distinguirían entre hombres blancos. Un hombre blanco había matado a su pareja. Él había matado a un hombre blanco. Con la sed de sangre saciada, a estas alturas la bestia peluda sin duda se balanceaba rápidamente a través de las copas de los árboles hacia los terrenos de caza del Kongo.

Esa es mi explicación. Sé que nunca vi ningún otro signo del enorme gorila ni entonces ni en ningún momento posterior. He contado la historia en diferentes ocasiones a muchas personas diferentes, y mi conjetura siempre ha sido aceptada como correcta.

Nuestro apuro no fue completamente eliminado por la desaparición del gorila que había venido a liberarnos de manera tan inesperada. Todavía estábamos a ciento cincuenta millas de otro hombre o mujer blancos, absolutamente sin portadores, y yo estaba abominablemente débil por la herida que Evan me había infligido. Nuestras posibilidades parecían escasas hasta casi el mediodía del día siguiente.

Una figura negra, muy avergonzada y pidiendo disculpas emergió de entre la maleza en el lado más alejado del poblado. Le seguían otras cuarenta figuras igualmente avergonzadas y pidiendo disculpas. Reconocí a Mboka, mi portador de armas a la cabeza y tuve que luchar para contener el impulso de saltar y gritarle a Alicia que por fin estábamos bien.

En cambio, me senté impasible en la galería hasta que Mboka se detuvo humildemente en el patio delante de mí. No presté atención en absoluto, sino que fumé con indiferencia como si su presencia o ausencia fuera un asunto que no me preocupaba. Esperó y se movió inquieto, raspando sus pies descalzos con vergüenza en el suelo, hasta que por fin bajé la vista y lo inspeccioné impersonalmente. Aparté la mirada de nuevo. En ese momento, mirando a través de los arbustos como si fuera el átomo más insignificante del universo, comenté:

—¡Cerdo!

Mboka sonrió. Es costumbre en África Occidental que los de rango menor, los inferiores, hablaran primero, pero Mboka estaba demasiado avergonzado para presumir. Se quedó allí de pie, incómodo, y trató de parecer que pedía disculpas mientras yo le informaba que me había causado cierta molestia, que debía irse y que nunca más se atreviera a aparecer ante mí. Agregué que me aseguraría de que ningún otro comerciante soñara jamás con emplearlo para cualquier propósito.

No es bueno que un hombre blanco admita que depende en algún grado de un negro. Le dije que no tenía por qué volver a verme nunca más y reanudé la mirada hacia la selva. Puede que él hubiese tenido la idea de tratar de negociar conmigo, pero mi actitud lo hizo retroceder. Dudando y humildemente me dijo lo que yo ya sabía bastante bien que él y los demás se habían visto obligados a acompañar a los nativos de Evan al monte.

Uno o dos de los porteadores habían sido arrastrados por el fervor del consejo yuyu y se habían unido a la gente de Evan en su ataque contra nosotros, pero los otros ahora habían huido para ponerse bajo mi protección. Me rogaban que los volviera a recibir y me aseguraban su total lealtad, si los volvía a tomar a mi servicio.

Los dejé esperando durante una hora mientras yo entraba y desayunaba tranquilamente. Cuando volví a salir, parecía haberlos olvidado. Mi indiferencia completó su sometimiento. Fueron abyectos en sus ruegos para que los recogiera. Cuando finalmente accedí, fue con la declaración desdeñosa de que los iba a llevar a Ticao y los iba a despedir de mi servicio para siempre.

Cargaron con alegría las cargas que habían traído de Ticao y esperaron ansiosos a que les anunciara mi disposición para partir. Alicia y la señora Braymore tendrían que caminar, ya que su carreta de bueyes era inútil. Comencé el viaje a pie, pero no pude mantener el ritmo. Estaba demasiado débil.

El segundo día me tuvieron que cargar en una hamaca improvisada, y al tercer o cuarto día me encontré con una fiebre rabiosa. Alicia cuidó de mí con valentía, pero caí en una fiebre semidelirante en la que yo no servía de nada.

Debo acreditar a Mboka mucha más fidelidad de la que esperaba de él. Mantuvo a los porteadores bajo una regla de hierro, y Alicia me dijo más tarde que la duración de los viajes se extendía a la mayor distancia posible todos los días. Con nada más que las medicinas más escasas, ya que mi propio botiquín de medicamentos se había quedado por accidente en la casa desierta de Evan, luché contra la fiebre, pero cuando llegamos a la misión del Padre Silvestre, yo estaba en muy mal estado. El padre me trató, sin embargo, y en dos semanas no sólo había cesado mi delirio, sino que podía moverme un poco. Recuerdo la primera noche que me permitieron sentarme.

El padre, Alicia y la señora Braymore habían celebrado mi recuperación durante la cena esa noche, mientras el padre pronunciaba uno de sus graciosos discursos sobre el tema. No soy de la fe del padre, pero somos grandes amigos, y después de la cena anunció que podía sentarme. Con gran ceremonia me sentaron en una silla y se ocuparon mucho de mí. Luego me ayudaron a sentarme en una silla en la pequeña galería con mosquitera de la casa del padre, desde donde pude contemplar la perfecta noche africana y ver la pequeña iglesia de la misión, y más allá, el poblado donde viven los conversos del padre.

La Sra. Braymore regresó al interior para discutir con él alguna

ayuda que se proponía darle a la misión. Ella era episcopaliana, pero había visto la obra que el padre había hecho, y una diferencia de credo hacía mucho tiempo que parecía poco importante. Lo principal era que los nativos necesitaban ayuda. Alicia y yo en la veranda hablamos durante largo rato, inconexos.

—¿Qué pasará con la plantación de Evan? —preguntó ella al momento, nombrando el lugar con desgana.

—Los nativos se alejarán —respondí pensativo— y una tradición crecerá, haciendo de la casa la morada de un dios diablo que destruirá a todos los que lleguen. Las caravanas de esclavos que pasan por el gran sendero de esclavos harán ofrendas para apaciguar a los espíritus malignos en la casa, y aparecerá una casa yuyu, donde el brujo medicina se enriquecerá y engordará con las contribuciones que exigirá. La casa misma quedará desocupada y desierta, mientras crecen altas hierbas en el patio, y al final la casa se caerá en ruinas.

—Fue terrible estar allí —dijo Alicia con un escalofrío—. Y Evan, es casi increíble que hiciera lo que hizo. Siempre fue una oveja negra, pero eso...

Me quedé en silencio por un momento.—Él había planeado obligarte a casarte con él —dije al momento—. Sin pensar en cómo te sentirías por Arthur.

—Arthur era como un hermano —dijo Alicia con tristeza—. Le tenía mucho mucho cariño. Estábamos comprometidos, pero casi habíamos acordado que no nos queríamos lo suficiente como para casarnos. Sin embargo, le tenía mucho cariño. No podría haberlo querido más si en verdad hubiese sido mi hermano.

La gran luna blanca africana plateaba toda la tierra con sus pálidos rayos. Desde el pueblo llegaban voces de negros, cantando las palabras nativas con una vieja melodía devocional. Desde el interior de la casa llegaba el susurro de los papeles. El padre y la Sra. Braymore estaban repasando los detalles del pequeño hospital que ella se proponía erigir para la misión. El padre es un anciano, y más de cuarenta años de su vida los ha pasado en su pequeño puesto misionero, tratando de ayudar a los nativos a pesar de los

portugueses y del servicio. Ahora, por fin, iba a tener el equipo adecuado gracias a la generosidad de la señora Braymore.

Ella regresaba a su amada Inglaterra, donde iría a tomar el té de las cinco y discutiría los chismes del vecindario y oiría al cura hablar sobre la posibilidad de reparar la casa parroquial. Yo sabía que se alegraba de poder volver a sumergirse en la agradable rutina de la acomodada vida campestre inglesa. Alicia también iría y yo no la volvería a ver. De repente me pareció insoportable que me dejara.

—Me iré de Ticao pronto —dije abruptamente.

Alicia se volvió. Su rostro era grave y dulce en la penumbra.

—¿Por qué? Pensé que...

—Este es un país malvado. Los hombres blancos denigran y los hombres negros son como bestias. Estoy harto de este lugar. Regresaré a algún lugar de los Estados Unidos y veré qué puedo hacer allí.

—Me alegro de que te vayas de Ticao —dijo lentamente—. No me gustaría pensar que nunca volveré a verte. Hemos llegado a ser muy buenos amigos.

Esperé un momento y luego dije en voz baja:

—Cuando Evan nos lo estaba explicando todo después de haberme disparado, dijo que te obligaría a hacer lo que él decía con amenazas de mi muerte por tortura. ¿Te acuerdas?

Alicia asintió en silencio.

—Dijo que creía que te preocupabas un poco por mí. Tenía muchas esperanzas de que él tuviera razón. Soy algo canalla, pero si tengo alguna esperanza, me esforzaré por cambiar.

Esperé sin aliento a que ella respondiera. Miró a la luz de la luna durante lo que pareció una eternidad. Por fin se volvió de nuevo hacia mí. Tuve un momento de pánico y luego vi que estaba sonriendo.

—Vaya, Murray —dijo en un destello de picardía—. Puede que te pida que cambies después de un tiempo, pero por el momento, digamos que durante los próximos diez o veinte años, creo que estás perfectamente tal como estás.

Yo no me había creído tan fuerte, pero cuando la vi sonreírme con su rostro cerca del mío, la debilidad de mi fiebre me abandonó y extendí los brazos. Alicia fue muy considerada conmigo. Ella luchó solo un poco.

FIN